

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIA · INVENTO · VIAJE · DEPORTE · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR - PROPIETARIO

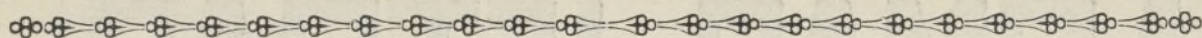
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

1.º DE ABRIL DE 1923

AÑO IV Número 53



Avda. de Madrid



LA PISTOLA NACIONAL



VENCEDORA
DE TODAS LAS PISTOLAS
NACIONALES Y
EXTRANGERAS EN CON-
CURSO CELEBRADO
POR EL MINISTERIO
DE LA GUERRA

ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL
FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA
(VIZCAYA)

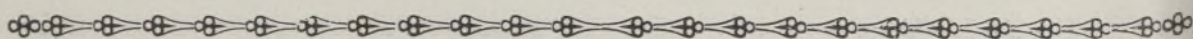
DELEGACIÓN GENERAL A.V.D. BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas. Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 petas. Novedad fotográfica, 33 calcomanías para aplicarse en papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

COMPANIA GENERAL DE AGUAS MINERALES

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles. Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas. Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y económicas. Relojería garantizada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO
LAMPARAS DE TODAS CLASES

A. PAJARES
Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y chapa galvanizada.

Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite. Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del Monte **Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería)**

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases. Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCAISION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA BERNANDO

MAYOR, 29
Teléfono 2485 M

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas. accesorios de toda clase. Cintas, papel, carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zuleros: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojos de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-
rantes, Fiadores, Charrete-
ras, Dragonas, Hombreras,
Fajines, Fajas, Forrajeras,
Galones, Soutaches, Cordo-
nes de ayudante, para me-
dallas, bastón, Espadas, Es-
padines, Sables y Condeco-
raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas,
Plumeros, Gorras, Gorros,
Roses, Entorchados, Boto-
nes, Emblemas, Números,
Estrellas, Bordados, Cintas
Rosetas, Lazos, Canutillos,
Lentejuelas y Materiales
para bordar

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FALDAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.]

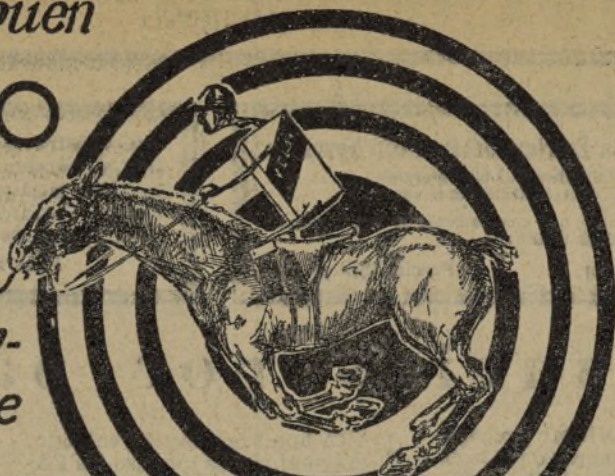
Disponible

un buen jinete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

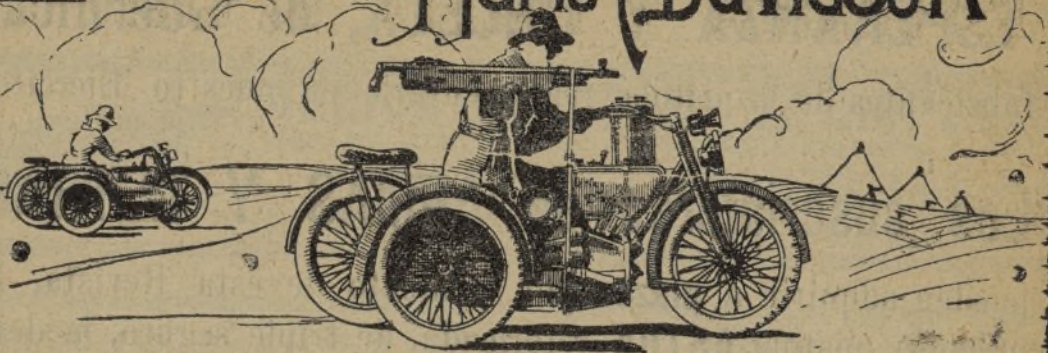
TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Anúmelos "Los Tiroleses"

Ayuntamiento de Madrid

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

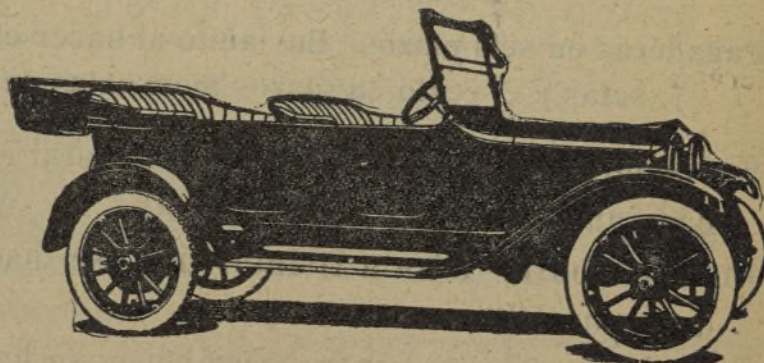
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEGUE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.
Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases —
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES. — BANDERAS PARA REGIMIENTOS. — FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES. — CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRETERAS. — CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN. — SABLES, ESPADAS Y ESPADINES. — ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS. — BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA. — ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES. — CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS. — ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32
TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED
AGUA FARGAS**



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. — MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.



ATLANTA

Depósito de calzados.
San Marcos, 37-Madrid.

Proveedor oficial de
la Cooperativa del
Ministerio de la Guerra

Especialidad en medidas.
Fabricación propia.
Envíos a provincias.
Solicítese catálogo.
Ventas al por
mayor y menor.

Rosado Rivas



Núm. 13.218 F.

Brodequín ternera oscura
lisa, planta punteada
36 pesetas.



Núm. 17.216 F.

Bota enteriza, moldeada, box-calf,
planta punteada 38 ptas.
La misma con doble suela. 40 ptas.

Melilla: O'Donnell, nº 23.
Sucursales: Barcelona: Delayo, nº 14, 3.º 2.º

Ayuntamiento de Madrid

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::
:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo
EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero :: Es la mejor.

Precio del modelo «Safety» 30 pesetas.

Pídelas por conducto de «Armas y Letras», la OASA
GRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército,
para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. De
volución en los ocho días al no convenir.



Casa Crespo
Mayor 47

MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS — LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

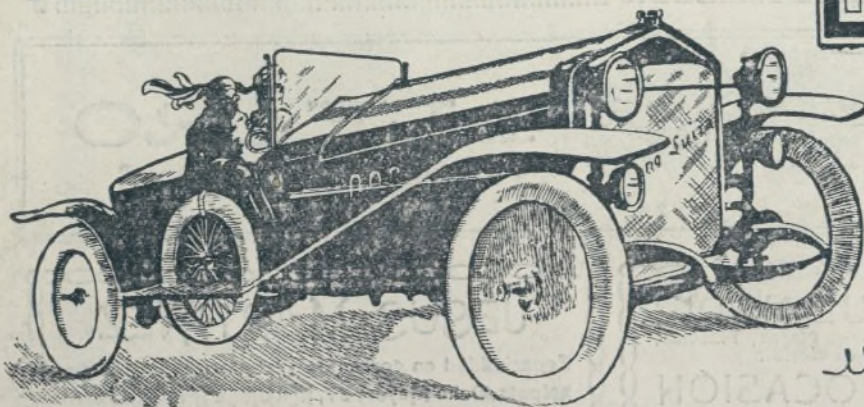
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chéreau



DIALOGOS MILITARES



ENTRE JUAN Y PEDRO

—Escucha Juanico; tu qu'entiendes de casi tóo, vas icime una cosa.

—Si la se y me conviene icitela...

—Pos no te guelves poco aspaventero.

—¡Otra!... ¿qué se yo lo que vas a preguntá?... ¡como que no te conozco!

—Gueno ¿mi ascuchas o no?

—T'ascucho; ves soltando.

—Dime, fegurate que tu vas a un pueblo, hiciendo de presonage... ¿estás ya?... y van y salen un porción de pastores y t'orsequian con mostillo y requesón y... lo que sea.

—De seguro cojo un torozón... ¡rediez qué mezcla!

—He dicho eso como podía haber icido migas y torreznos...

—Mas mejor eso y después algun vinico; el mostillo, cría diviesos.

—A ver si pueo seguir... si los pastores te icen que vayas a ver la majada... ¿irías?

—¿Y por qué no había de ir?

—¿Manque hubiá lobo?

—Entonces más entoavía, no juera que creyesen tenía miedo...

—¡Caball!

—Si, cabal, según sea, por que de tu, a lo mejor, no se pué uno fiar... tamién decías la otra tarde que un paisano podía ser tan valiente como un melitar...

—¿Por qué no ha de selo?

—Pues por que nó; a un paisano, le dán una manguzá, echa a correr pa que no le den otra y toos tan conformes... pero si a un militar lo mira cualquieaa enrevesao y no se lo come... ya se sabe... forma el cuadro... cuatro tiritos y uno de gracia y a otra cosa...

—Pero ¿cómo eres tan exagerao?

—¡Ah! ¿no te acuerdas las veces que en la letura mus dijo el Teniente «el que por cobardía, sea el primero...»

—Esa es otra cosa, hombre.

—Será lo que tu quieras pero es como icir que los militares no pueen ser cobardes y los paisanos sí.

—No ni hagas cavilar ¿qué tié que ver eso con los pastores y lo de ir a sus majadas?

—¿Digo yo que tenga que ver?

—Como has hablao de una cosa después d'otra...

—Es que, en hablando, las palabras, son como las cerezas, se enredan y... ¿pero qué miras?... ¿t'ha picao la tarántula?

—Que, de pronto, me hí acordao de una cosa que lei ayer.

—¿Y por eso miras debajo de la hornilla?

—Por si acaso ¿no ves que el papel icía qu'unos moricos, de estos pacificaos, habían pensao poner dinamita debajo de la tienda donde suele ir el general los días que hay zoco?

—¡Rediela, con los pacificaos!... ¿será verdad?

—El que lo dijo, era un moro...

—Gueno, pero aquí a nosotros...

—Si, que s'andan con chiquitos esos, pa los perros cristianos...

—¿Es de veras que nos llaman perros?... por supuesto, no hay pa incomodase, el perro es un animal gueno...

—Acuérdate que tamién nosotros icimos «perro judío».

—Entonces, ya no está tan mal que nos lo llamen, como a las suegras, porque en mi pueblo, negra y perra...

—Si que tié gracia que en too el mundo, al que es malo, le llamen como a un animal tan noblote y tan bueno.

—Es que los hombres, como ice muchas veces el Pater, semos malos de verdad.

—A propósito del Pater: ayer oí que le contaba a nuestro capitán una cosa que no pude entender...

le decía, qu'han venío unos franceses donde Ay-el-crin, pa ofrecele muchos millones de pesetas, por los cuatro que l'himos dao por los prisioneros... ¿lo comprendes tu?

—Es que creo, que dende la guerra de tóo el mundo, las pesetas nuestras, valen más que las otras.

—¿Apuestas a que toas esas pesetas las quiere pa comprar en Francia, cañones y cosicas pa... nosotros?

—Sí que lo necesita... ¿no has oído que en las trifurcas que está tiniendo con su primo Amado u lo que sea, los dos han sacao muchas cosas de las que nos quitaron?

—¿Es que no lo ha devuelto tóo con las pesetazas que le daron?

—¡Degolver!... lo que no le sirve o se le pué indigestar, golverá ese.

—Vaya, que no entiendo esos tratos.

—Asín me pasa a mí con algunas cosas que nos lee el cabo, los días que traen periódicos.

—¿Serán cosas de política?... por que esas...

—No, en eso no me fijo yo, dende que oí que tóo lo de la política eran farsas y cosas no mu limpias...

—¿Pos qu'era entonces?

—Pues ná: que toos los días, hay la mar de desgracias por ahí, por las posiciones; que si uno s'ha caído de la mula; que si otro se le ha disparao el fusil; que si fulano se dió un tozolón...

—Yo no veo naa de raro en too eso; el que no monta no se cae... las armas... pos, el diablo las carga...

—Sí, pero aquí, se conoce que las carga y las tira... además, eso, entre gente que no ha visto

nunca una escopeta, gueno, pero en sordaos... a mas; hay otra cosa qu'aun me choca más.

—¿Aún más?

—Casi toos los días, en dos u tres sitios hay algunos a quienes, según dice el papel, les pasa algo, estando en un quehacer del servicio.

—¿Y tu, que te figuras?

—¿Yo?... figurarme, náa; pero ¡concho! va a resultar que aquí, haiga paz u guerra, siempre está cayendo gente...

—Pero ¿es que t'has creío eso de la paz maño?

—¡Toma!... como se lo cree tóo el mundo...

—¡Es qu'eres infeliz de verdad!...

—Como que si no, iba a venir aquí a mandar uno que no es militar.

—¡Naa!... que te crees tóos los bulos que te cuentan.

—¿Vas a icime que...?

—¿Qué tié que ver que venga un paisano a mandar cosas militares... toos, antes de serlo, no lo semos...

—Oye, oye, en mi pueblo el que sube al coro, tié que cantar.

—Y qué?

—Pos que, el que venga a hacer cosas de melicia, tendrá el mismo quehacer que yo y too eso tan terrible de las leyes penales...

—Es que los hay cerraos ¿qué crees tu que quie icir eso de penales?... pues, unos que penan y otros qu'hacen penar... ¡si eres mas soso!

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.

EL CASTILLO MEDIOEVAL

Junto a la orilla del manso río, como un fantasma del feudalismo, se alza el castillo noble y sombrío, por cuyos muros, a su albedrío, trepan las hiedras desde el abismo.

La fría calma, que aun triste es bella, turba el graznido de una lechuza. mientras que alguna fugaz estrella tras sí dejando brillante huella el ancho espacio rápida cruza.

Allí, en los tiempos del vasallaje, lindas brillaron las castellanas que recibieron el homenaje del sol poniente sobre el paisaje desde el alfeizar de sus ventanas.

Allí, poniendo su pensamiento junto a la dama de sus amores, con amoroso y ardiente acento, bajo sus muros daban al viento tiernas baladas los trovadores.

Atravesaron por sus salones bravos guerreros, pajes altivos, que despertando dulces pasiones, entre sus redes cien corazones hicieron presos, de amor cautivos.

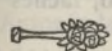
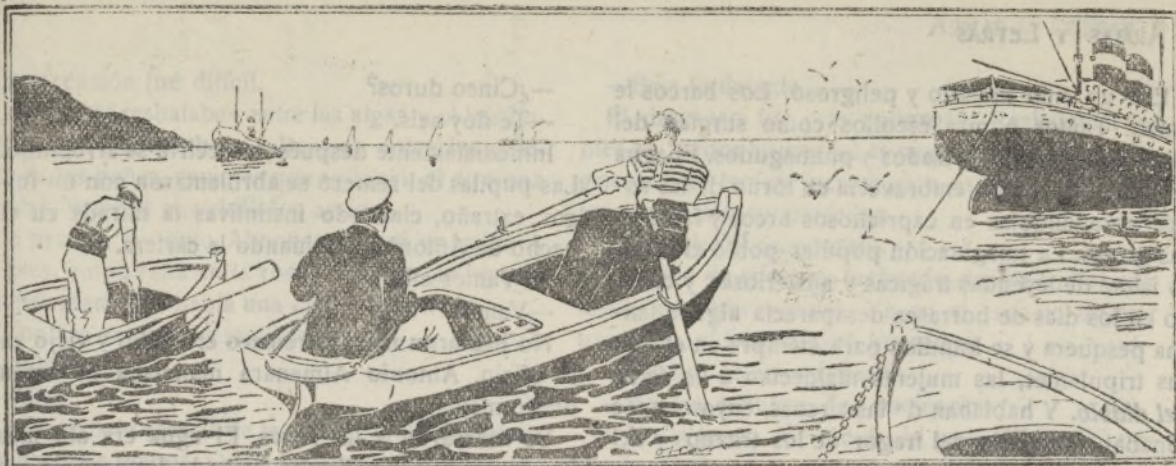
Ya nada queda de su belleza, ya su tributo rindió al estrago que el tiempo hiciera en su gentileza, y entre los restos de su grandeza crecen el muerdago y el jaramago.

Ahora en la calma llena de encanto, las aguas puras y cristalinas dicen historias de amor y llanto, y entre las ruinas lanzan su canto y hacen su nido las golondrinas.

Las altas hiedras, a su albedrío, trepan audaces desde el abismo por la muralla que, junto al río, guarda el castillo soberbio y frío como un fantasma del feudalismo.

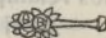
Juanita Zamora.





LO FATAL

CUENTO □ □ □
por JOSÉ FRANCÉS



I

Antonio eligió entre los boteros que le ofrecían embarcación uno cualquiera, sin mirarle ni discutir precio.

Luego, ya dentro, mientras la lancha sorteaba hábilmente los cascos enormes de los buques y las otras lanchas pequeñas, agrupadas sobre las aguas sucias y espesas del puerto, Antonio Almenara miró al remero.

Era un hombre alto y fuerte. Tenía anchas las espaldas; foscamente negra y enmarañada la barba; los ojos, duros y penetrantes. El sol y el aire del mar le había ido quemando la piel hasta curtirla. Al rítmico e igual ademán de remar, se acusaban, enérgicos, los bíceps desnudos.

Daba una sensación de vigor y de audacia, que sería noble sin la mirada penetrante y dura, sin el instintivo gesto que contraía, a veces, sus labios, desnudándole los dientes.

Antonio Almenara dejó de mirarle.

«¡Bah! Después de todo, no estaban en medio de un camino, lejos de todo auxilio; lo más que podía preocuparle era el sobreprecio de unos cuantos reales.»

La lancha iba saliendo a mayores espacios de agua libre.

Empezaron a escasear los botes, y las viejas gabarras, los bateles despintados y vacíos se movían suavemente, sin chocar unos con otros.

A distancia cortaban bruscamente el horizonte algún trasatlántico enorme, o un cañonero, limpio y blanco, como las gaviotas refugiadas en lo alto de sus mástiles.

Dulce y sereno caminaba el sol hacia su ocaso. Aún faltaban más de dos horas para que se hundiera en el fino límite del mar, inflamando de púrpura

las velas latinas—cuchillos de los vientos—que se abocetaban en la lejanía.

El cielo, tranquilo, corro de nubes, tenía una tersa quietud azul.

Conforme la lancha se alejaba del puerto, se sentía la grata frescura del espacio libre. A ambos lados surgía del agua la fronda de los pueblecillos costeros y próximos a la capital. Las aguas se rizaban levemente.

—Buena tarde—murmuró Antonio.

—¡Bien maja que está para calar en ca del *Roxu!*—respondió el botero.

—¿Cerca?

—¿Ve el señorito aquellas rocas que se alzan a la izquierda?

—¿La torre del diablo?

—La misma. *Ye* detrás. Un chigre donde dan almejas y percebes con una sidra que pasma.

—Sobre todo la sidra, ¿verdad?

—La sidra y to. Pero más que nada la sidra.

Le chispeaban los ojos al decirlo. Antonio Almenara sonrió.

«¡Vaya por Dios! También borracho. Debía de ser una alhaja el hombre.»

—¿Qué? ¿Remo hacia allí?

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras.

El botero imprimió un rápido avance a la lancha. La proa aguda y filante cortó con más ímpetu las aguas, que se abrían en un ángulo breve y espumoso. El vientecillo fresco azotó con más viveza el rostro de Antonio.

El mar perdía, de un modo imperceptible, su placidez serena del puerto. Al color oscuro y sucio sustituía la transparencia verde...

Antonio Almenara, con la vista fija en las peñas de *La torre del diablo*, recordó su leyenda.

Era un sitio maldito y peligroso. Los barcos le huían. Tanto o más escollos como surgían del mar, había debajo, erizados y puntiagudos. El agua se arremolinaba, se embravecía en torno de las rocas, horadándolas en caprichosos arcos y fantásticas grutas. La imaginación popular pobló el rocoso islote de leyendas trágicas y misteriosas, y cuando en los días de borrasca desaparecía alguna lancha pesquera y se hundían para siempre en el mar sus tripulantes, las mujeres maldecían a *La torre del diablo*. Y hablaban de las sirenas, cuyos cantos sonaban en medio del fragor de los truenos y del viento, y cuyas carnes iluminaban la luz lívida de los relámpagos.

—¿Y si fuéramos allá?—propuso repentinamente Antonio Almenara.

—¿Cinco duros?

—Te doy seis.

Inmediatamente después de decirlo se arrepintió. Las pupilas del remero se abrigaron con un fulgor extraño, clavando instintivas la mirada en el pecho de Antonio, adivinando la cartera.

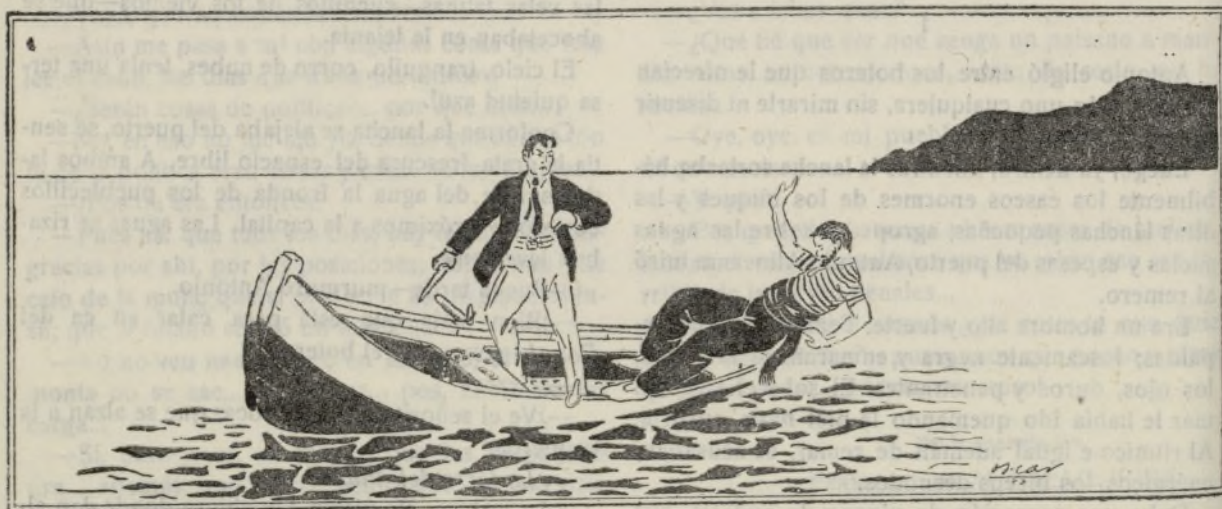
—¿Vamos allá?

—Vamos.

No hablaron más. El remero era hábil y viejo en el oficio. Antonio Almenara manejaba el timón diestramente.

Se acercaron a las rocas. El agua era allí más brava y espumosa. Estaba bajando la marea, y los picos peligrosos quedaban al descubierto, fáciles de evitar:

Una ansiedad febril que reseca sus fauces, que



El botero le miró estuperfacto.

—¿Adónde? ¿A la torre?

—Sí.

—¿Está loco?

—¿Tienes miedo?

Se le encendió el rostro al hombre del mar.

—Vaya, vaya, señor. No busquemos tres pies al gato. Lo de menos *ye* que le abran las peñucas un furaco a la barca. Lo demás es que... ¡Amos! ¡Que no!... Aún no va pa tres días he visto *la Huestia*, y no quiero morir... Déjelo estar.

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras... Te lo hubiera pagado bien.

—Déjelo estar.

Hubo un largo silencio.

El botero remaba despacio. Una profunda arruga le tajaba verticalmente la frente, viniendo a morir en la unión de las cejas, negras y cerdosas.

—¿Y... cuánto daría?

—Pide.

aguzaba sus sentidos, y ponía menudas gotas de sudor en las frentes, acometía a los dos hombres. Cambiaban palabras secas, cortantes.

—¡Cuidado!

—¡Así!

—Cía.

—El izquierdo.

—¡No! ¡Atrás!

Llegaban.

El bote avanzaba y retrocedía con bruscos empujones del agua. Alguna vez tropezó con la roca, y sonaba un crujido. Los hombres maldecían.

Al fin lograron sujetarla en un pico saliente. Los escollos habían formado una especie de estuario, donde la embarcación podía quedar al abrigo, mientras los hombres subían a las rocas.

La ascensión fué difícil.

Los pies se resbalaban entre las algas y el verdín. Al paso de los hombres salían, de entre las quietas de las peñas, gaviotas que agitaban el aire con sus alas fuertes y sus chillidos agudos.

De pronto, Antonio Almenara lanzó un grito. A sus pies, empotrada en la roca, cubierta de lapas y conchas menudas, había una cajita de hierro.

El botero acudió en seguida.

—¿Qué ye?

—Mira.

Costó trabajo sacarla de la endadura. Se le ensangrentaron las manos. Debía llevar muchos años escondida allí, a cubierto de las aguas.

Antonio la golpeó con una piedra. El hierro, roído por el orín, se partió fácilmente. Dentro...

¡Oh! Dentro había monedas de oro, un collar de perlas, unas sortijas.

Al botero se le crisparon las manos.

—¡Contra! Paez de una novela.

Antonio Almenara contaba las onzas, las medias onzas... El remero fué a coger el collar de perlas, y él le contuvo.

—¡Eh, amigo! Paciencia. Esto no es nuestro.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Esto hay que entregarlo en la Comandancia. Luego, ya veremos.

El botero se echó a reír.

—¡Vamos! El señorito bromea. Eso es para los dos. ¿Qué necesidad hay de enterar a naide?

Antonio se encogió de hombros.

—Tú opinas así. Yo no.

Se había puesto de pie repentinamente, temiendo un ataque. El botero, erguido frente a él, apuñaba las manos. Un jadeo angustioso le conmovía el pecho. Las pupilas le brillaban homicidas.

—Pues hace mal el señorito. Mire que voy por las buenas. Y mire que podría quedarme con todo.

Antonio Almenara comprendió que había ido demasiado lejos. Sintió encogérsele el corazón. Frío extraño le hormigueó en las manos y en los pies.

—Bueno. No discutamos. Bajemos a la lancha, y cuando lleguemos al puerto lo repartiremos.

—¿Palabra?

—Palabra.

Él mismo cogió el cofrecillo. Ambos pensaban en lo difícil que sería salir de las rocas un hombre solo.

—Baja tú delante...

El descenso fué más peligroso. Resbalaban los pies en la roca húmeda. Las manos, doloridas y sangrientas, no tenían fuerzas para asirse a las salientes y a las plantas parásitas.

Empezaba el crepúsculo.

Salieron en silencio, luchando desesperados con las aguas embravecidas. Ya en el espacio de mar tranquilo, el botero soltó los remos.

—Bueno. Ahora a repartir.

—Espera, hombre. Ten paciencia.

—No la tengo. No me da la gana. Venga. El collar para mí,

Antonio Almenara miró angustiosamente en torno suyo. El puerto estaba lejos, la noche avanzaba rápidamente.

Su misma cobardía le hizo audaz.

—¿Y si yo no quisiera rapartir ahora?

—Le mataba a usted.

Antes de que Antonio pudiera esperarlo, se echó sobre él el botero. Sintió que las manos ásperas se clavaban en su cuello. Fué una lucha brutal, despiadada, silenciosa, entre los dos hombres.

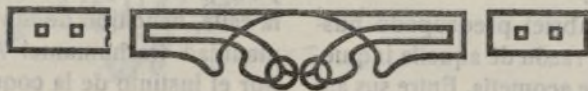
El bote se balanceaba siniestramente. Los pies tropezaban en las joyas, en las monedas de oro que había en el fondo de la barca.

Y, sin saber cómo, Antonio Almenara pudo apoderarse del cuchillo que el marino llevaba en la cintura, y se lo clavó en un costado. Su enemigo lanzó un grito ronco, abrió los brazos y cayó de espaldas en el agua.

Un remolino de espuma rojiza, un vaivén fuerte en la barca, y Antonio se vió libre y solo. A sus pies, entre el agua del fondo de la barca, resbalaban las monedas de oro, el collar de perlas, las sortijas...

II

No se presentó en la Comandancia de Marina. No dió a nadie cuenta de lo ocurrido. Paso toda la noche sin dormir, y cuando a la mañana siguiente salió de la casa consignataria de vapores, con el billete para un transatlántico alemán que zarparía aquella tarde, Antonio comprendió que el rumbo de su vida había cambiado por completo, y que al defenderse contra el ladrón, había despertado dentro de él otro ladrón.





CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

LA PIRUETA

I

Gabriel era un hombre ecuaníme, ordenado y metódico; pero de vez en cuando necesitaba realizar alguna extravagancia.

Muchas veces había querido explicarse la razón, el por qué de aquella su natural inclinación a salirse de la vida normal y cotidiana. Gabriel era algo filósofo—como todo hombre culto—y se complacía en estudiar las causas que para él eran extraordinariamente más interesantes que los efectos.

La vida—se decía—aun para los espíritus más optimistas es una carga un poco abrumadora. Se necesita dar con el tipo de hombre primitivo—animal hombre—para que la plena satisfacción de los sentidos dé una sensación de felicidad acabada; pero dejando a un lado estos seres—infelices en cuanto que para ellos no existen los infinitos horizontes del espíritu—en los otros hombres ¿qué hay? Cuánta intranquilidad, cuánto desasosiego en lo más grande y en lo más pequeño de la vida! ¡En el amor, en la ambición, en las pasiones!... ¿Y esta inquietud que a mi me fuerza a hacer algo que no sea lo que hice ayer ni lo que haré mañana, algo raro, en suma, no será la misma inquietud que aguijonea a los otros, no habiendo otra diferencia entre los otros y yo sino que tras la inquietud de ellos esté la mujer que se desea, o la posición que se pretende o el oro que se codicia, y tras la mía, no haya nada al parecer o a lo más la imperiosa necesidad de dejar de ser yo por unas horas?...

Mucho tiempo estuvo Gabriel preocupado buscando en su ascendencia la razón de aquella inquietud espiritual que a veces le acometía. Entre sus an-

tepasados hubo un famoso acróbata—llamado el mono—y sus cabriolas, retorcimientos y giros eran tan extraordinarios, que fué el pasmo de cuantos le conocieron.

Gabriel conservaba dibujos—hechos por el mismo saltimbanqui—en los cuales se complacía este en reproducir sus más atrevidas piruetas. ¡En cuántas actitudes no era exactamente un mono! La teoría antiquísima de la transmigración de las almas y la moderna de Darwin tenía allí un argumento de pró.

La última de mis extravagancias—solía decirse Gabriel—será hacerme hermano de la Trapa o casarme... Lo peor será la extravagancia que se me ocurra después de estar en el convento o de haberme leído la epístola.

II

Gabriel, bien arrellenado en la butaca de mimbre, gozaba el espectáculo de la calle, desde la terraza de Maxim's.

Era una tarde primaveral, aunque no era primavera oficial todavía. Una de esas tardes tibias, luminosas, toda ella impregnada de efluvios acariciadores que parecen esparcir por los aires el anuncio de la nueva vida que renace. La naturaleza saliendo del letargo y el entumecimiento invernal semeja desperezarse en un giro de voluptuosa promesa.

Gabriel estudiaba desde su butaca el libro interesantísimo e insuperable que no tiene hojas: el libro de la vida. ¡Qué hermosa página, tan sugestiva y tan plétórica de sensaciones la de aquel trozo de la calle, henchido de movimiento! ¡Y qué fea la humanidad trashumante! Aun las mujeres, salvadas por el instinto de la coquetería, conservaban la tra-

za esbelta, el andar airoso, la figura grácil... ¡pero las viejas, las crasas, las que llevaban lentes y tacones torcidos!... ¡Y el hombre! ¡El macho se manifestaba en toda su fealdad ancestral! ¡Cuanto estigma, cuanta lacra, cuanto vicio heredado o adquirido en aquellos hombres de encorvadas espaldas y pronunciado abdomen!... ¡Qué expresiones de duro egoísmo, de simiesca lascivia, de necia petulancia, de simple cretinismo!...

Hacía tiempo que le rondaba a Gabriel la comezón de hacer una pirueta. El espíritu del mono, al través de su antepasado, le cosquilleaba en todo su ser.

—¿Dios mío, qué haré yo esta tarde?—exclamó y se levantó de su asiento.

III

Comenzó a caminar lentamente calle de Alcalá abajo. Iba materialmente envuelto en una multitud espesa. ¡Esta maldita manía provinciana que tenemos todos de ir por el mismo sitio! refunfuñaba Gabriel. Al llegar frente al Ministerio de la Guerra empezó a respirar mejor; la amplia acera estaba algo más despejada.

Gabriel, exaltado en un lirismo absurdo, se emocionó al observar los muchos remiendos y baches que en pavimento, recién construido, había. ¡Qué dolor!—exclamaba—; este pavimento dirigido y pagado por el Estado es la única obra de que se pudiera enorgullecer el municipio y ved como lo están poniendo con este sinsesar de abrir y cerrar ca-

las! ¡Municipio idiota, rural! ¡Ediles patanes! y dió una fuerte patada como si quisiera pisar la cabeza de todos los concejales juntos.

Su exaltación había llegado al paroxismo y... Delante de él caminaba una joven, mitad señorita, mitad menestrala, tocada con la graciosa mantilla y andando con la peculiar gentileza conque suelen mostrar las madrileñas el garbo de su cuerpo.

Había en aquellos pasos, rítmicos y cadenciosos, una serenidad tal, un tal equilibrio de alma y de cuerpo que llamó la atención de Gabriel.

Esta debe ser—se dijo—la futura burguesita, modelo de esposas y madres, todo pulcritud, economía y orden. Si no tiene novio soñará con un hombre cumplidor de sus deberes, amante del hogar y que más que a los sentidos le hable a la parte anímica...

De pronto, siguiendo un impulso irresistible, se colocó a su lado y comenzó a dirigirle la palabra.

Ella aligeró el paso huyendo al importuno y maldiciendo la osadía y malísima educación de los hombres al dirigirse así, sin más ni más, a la primera mujer que encontraban al paso.

Pero él continuó hablando y había tal vehemencia, tanta sinceridad en sus palabras y una actitud tan respetuosa, tan fina que concluyó ella por escuchar al fin.

No; no era aquella la escena diaria—pensaba—ni aquello se parecía en nada a los continuos y verdaderos *atracos* a que de ordinario se veía expuesta: la frase obscena; el equívoco de doble sentido; la franca grosería. No; aquello era algo nuevo; nue-



vo en lo que le decían y nuevo en la manera de decirlo. ¡Dios santo!.. ¡Si por fin sería!..

El le hablaba persuasivo y elocuente. Perdida la vehemencia de las primeras palabras, su voz era reposada y tranquila; la dicción clara y armoniosa.

Le hablaba del amor, tal como el lo entendía; una convivencia espiritual, un mutuo y recíproco refugio de almas en el cual la parte carnal no fuera el todo porque queriéndolo ser todo, era tan efímero, que concluía por no ser nada...

... El hogar, donde los esposos no simularan el celo del macho y de la hembra, brutales en el ataque. inavdidos del hastío cuando el celo pasa, sino que fuera una cosa armónica y clara, serena y apacible, impregnada toda ella del calor que irradian las almas y en el cual, el uno para el otro encontrara el amigo más fiel, el más desinteresado de los guías...

... Y era esto lo que a ella le convenía; lo que encuadraba perfectamente en su modo de ser; lo que anhelaba en lo más recóndito de su alma; lo que había pedido, como singular merced, al cielo...

—¡Pero Dios mío! ¿Usted me conoce?—preguntó ella removida por las más encontradas sensaciones.

—Sí; te conozco. De tí, solamente ignoro el nombre.

—Mercedes—murmuró ella.

—Pues bien, Mercedes. Te conozco desde mucho tiempo atrás. ¡Te he presentado tantas veces! Tú estabas destinada a mí como lo estaba a tí yo y andábamos errantes y nos dábamos la sensación de estar solos y aislados y siempre íbamos juntos...

Se habían sentado en un banco, de los altos de la Castellana. La tarde caía y el crepúsculo comenzaba a desdibujar los objetos. Todo era impreciso y amorfo; y de aquella misma vaguedad de la materia que desmayaba se iba tejiendo la misteriosa trabazón de un amor naciente...

IV

Cuando se separaron, ella toda trémula por la emoción y la duda inquirió:

—¿Me amarás siempre?...

—Te amaré siempre; aunque yo mismo no quisiera porque en tu mirada límpida, en la serenidad de tu rostro y en toda la graciosa armonía que se desprende de tu ser, hallaré yo el equilibrio de mi

existencia; el sedante de esta febril inquietud que me tortura...

Entonces se separaron hasta el día siguiente; ella antes de doblar la esquina se detuvo y levantó la mano en un movimiento cordial.

Cuando Gabriel quedó solo, miró con ojos de extravío alrededor; quería como reconstruir la noción de su propio ser, perdida.

—Insensato de mí—murmuró con voz extraña—. ¿Cómo he podido así, tan en frío, jugar con la sensibilidad de esa pobre criatura?

Se pasó la mano por la frente como apartando de sí toda idea:

—¡Bah! Le quedará el recuerdo; un recuerdo imborrable tal vez. Y después de una pausa, añadió con melancolía:

—En definitiva, toda la vida se reduce a eso: recordar.

V

Al día siguiente, muy de mañana, partía Gabriel para Toledo; iba a sepultarse en los claustros de la Catedral a estudiar la obra alucinante de los imagineros de la Edad Media; pero antes de partir dejó escrita una breve misiva:

Señorita Mercedes Latorre.

«Un pobre amigo mío que vive conmigo y cuyas facultades mentales están un poco perturbadas, me ha contado la aventura de ayer.

Me creo obligado a escribirle a usted poniéndole al corriente de la enfermedad de Gabriel; creo innecesario advertirle a usted que si alguna vez se lo encuentra, procure hacerse la extraña: una frase; un reproche; una sola mirada pudiera suscitarle la crisis.

Lamentando mucho lo ocurrido, se ofrece, etc.

Luis Gabiria.»

VI

Cuando Mercedes leyó la carta sintió una penetrante punzada:

—Pobre de mí—murmuró, deshecha por la enorme impresión—¡Cuando creí encontrarme con el hombre ideal, me encuentro con un loco!

ANTONIO DE GOLLURI



= P A S T E U R =

El nombre de Pasteur puede asegurarse que es popular en el mundo entero; pero no como suelen ser los de otros sabios, sino bendecido conscientemente hasta por los más indoctos, que no ignoran que a él se le debe la curación de la rabia y en general la profilaxis de las enfermedades contagiosas.

Su recuerdo será imperecedero, perpetuándolo por lo pronto el gran número de *Institutos Pasteur*, creados en todas las naciones de Europa y de América.

Sus estudios y su carrera.

Nació el 27 de Diciembre de 1822 en Dôle, pueblecito del Jura en Francia. Empezó sus estudios en Arbois, continuándolos en Berançon y terminándolos en París.

Siempre fué buen estudiante, tranquilo y respetuoso con la disciplina y con sus profesores.

A la edad de 18 años entró en el Colegio de Berançon en calidad de profesor supernumerario. Durante tres años estudió sin descanso, entrando el 1846 en la Escuela Normal Superior, en la que se distinguió notablemente, pasando un mes después, a preparador de Química de las conferencias de M. Balard, químico reputado que había descubierto el bromo en 1826 y que llegó a extraer el sulfato de soda del agua marina.

En 1847, se doctoró Pasteur, siendo nombrado el siguiente año, profesor de Física del Liceo de Lyon, yendo otro año más tarde a explicar Química en la facultad de Ciencias de Dijon. Y el 1854, pasó a la de Lille con igual cargo.

Por fin, en 1857 fué de administrador y director de los trabajos científicos a la Escuela Normal Superior.

A la edad de 35 años, se encontraba a la cabeza del gran establecimiento del que tantos sabios, literatos y políticos eminentes habían salido.

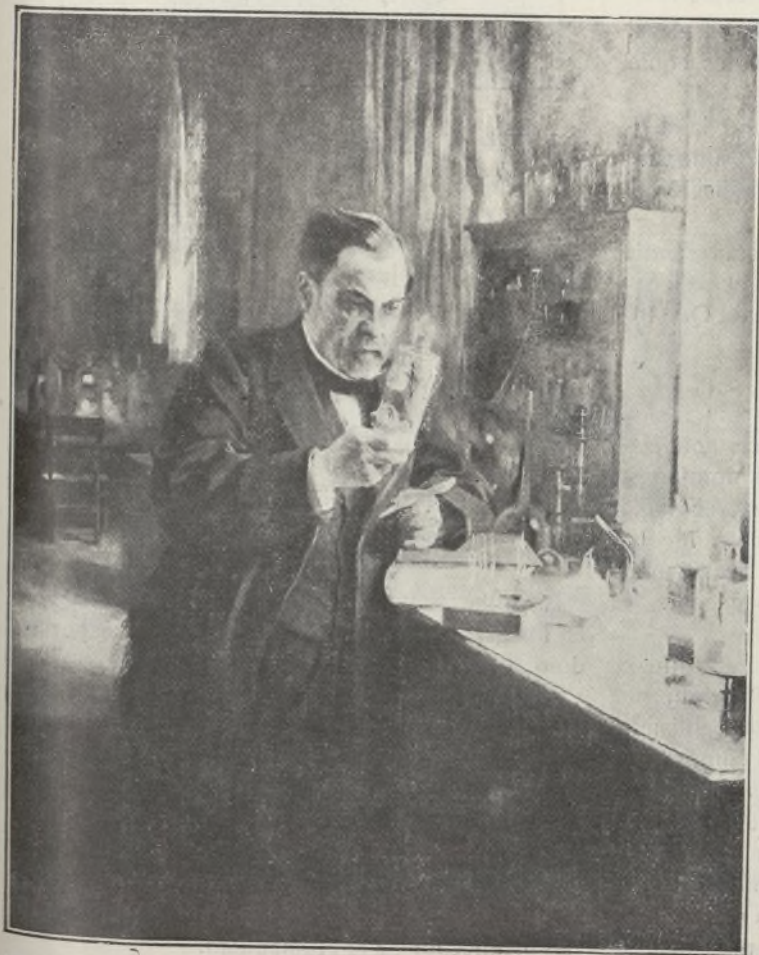
Sus descubrimientos.

Sin embargo no se desvaneció; era hombre que sólo le encantaba el trabajo, y desde esta época puede decirse que comenzaron sus investigaciones.

Además de regir y administrar la escuela con gran austeridad, se consagraba a los trabajos de cristalización que tan grandes servicios prestaron a la ciencia; a los de las fermentaciones producidas por el desarrollo de los gérmenes específicos, a las enfermedades de los gusanos de seda, etc., etcétera.

De entonces datan las primeras investigaciones acerca de la profilaxis de las enfermedades contagiosas.

Sus alumnos supieron apreciar siempre los altos méritos del maestro; pero este era inflexible en cuanto a todo lo reglamentario, no admitiendo jamás la menor transgresión.



El sabio Pasteur trabajando en su laboratorio de la Escuela Normal. Año 1886

Anécdotas.

He aquí un hecho que lo patentiza.

El historiógrafo Victor Durny, era ministro de Instrucción Pública y tenía un hijo, alumno en la Escuela Normal Superior. Estando de temporada el ministro con su familia en Villeneuve-Saint-Georges, escribió a Pasteur pidiéndole que autorizara a su hijo, los días de salida, a volver a la Escuela a las diez, en vez de a las nueve, que era la hora marcada, porque así podría servirse de un tren que le permitiría estar más horas con su familia.

El reglamentista Director, se limitó a contestar al ministro, que el reglamento *era el mismo para todos*.

* * *

Poco después, contestó en análogo sentido a otra misiva del ministro.

Los alumnos estaban obligados a vestir fuera de la Escuela, un ridículo uniforme rematado por sombrero de copa.

Apenas salían, lo dejaban en una taberna de al lado y continuaban hasta la vuelta, vestidos como los demás.

Enterado el ministro por su hijo, llamó la atención a Pasteur, sobre la conveniencia de autorizar a los que lo desearan, a dejar en su habitación el grotesco uniforme.

Montó en cólera y contestó, que no comprendía cómo el gran maestro de la Universidad se convertía en apóstol de ideas revolucionarias. Que tocar al *Reglamento* era ¡sacrilegio!

* * *

En cierta ocasión hicieron comparecer ante él a un alumno que nunca asistía a misa los domingos.

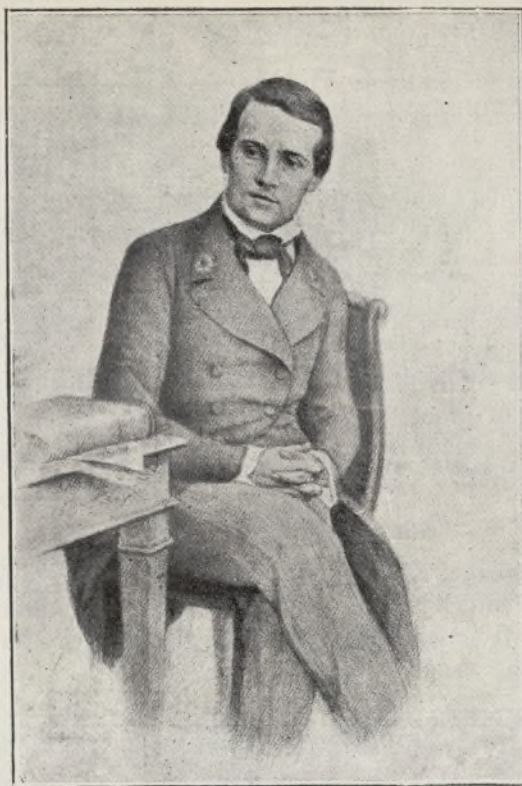
—Señor mío—le dijo Pasteur—varias veces me habían indicado que usted no iba a misa. Me he convencido por mí mismo, de que no me engañaban. Si continúa, me verá obligado a proceder.

—El interpelado replicó:

—Es una cuestión de conciencia. Yo quiero obrar al revés que Enrique IV en 1593, y abjurar de la religión católica, en favor del protestantismo.

—Disimuló Pasteur su contrariedad como buen católico, y repuso: Yo respeto todas las opiniones en materia de religión; pero me tiene usted que traer una carta de sus padres, en la que digan que no ven inconveniente en su abjuración.

—Pasarón varias semanas sin que la carta llegara, y al fin el Director hizo venir a su presencia al rebelde.



Retrato de Luis Pasteur a su ingreso en la Escuela Normal Superior. Año 1846.

El muy cazarro, con trémula voz manifestó, que no había querido dar el disgusto a su familia, de que pretendía abjurar, y que por el momento, había resuelto diferir la ejecución.

Pasteur que no mentía y creía lo mismo en los demás, tuvo escrúpulos y ya no insistió.

* * *

Estas genialidades, si así quieren llamarse no impidieron nunca que sus alumnos lo admiraran.

Su laboratorio.—Recuerdos.

El primer laboratorio de Pasteur, fué instalado en los graneros de la Escuela Normal, transportándolo después a un pabellón de la misma calle de Vlus, a la derecha de la Escuela.

Hay una placa en el muro, recordando que allí trabajó y los trabajos a que se dedicó.

Otras placas en el interior del edificio y un busto en el jardín, recuerdan al sabio; pero el laboratorio ha sido convertido en enfermería, desapareciendo lo que debiera de ser templo, al que fueran de todo el mundo a rendir homenaje a la memoria del bienhechor de la Humanidad.

Esto demuestra, que *en todas partes cuecen ha-*

bas, y que no somos los españoles los únicos que destruimos lo que debíamos conservar. Tampoco los franceses saben siempre abstenirse de profanar lo que es sagrado.

La familia del grande hombre suplicó al Estado oportunamente que respetara el laboratorio; pero nada consiguió.

Unicamente se conserva el gabinete, que sirve de despacho al médico de la enfermería; pero que mediante pinturas murales y otros detalles, ha perdido todo ambiente.

A ese pabellón acudieron tantos infelices mordidos por perros rabiosos, que aun viven muchos que recuerdan haberlos visto formar cola a la puerta.

El 4 de Julio de 1885, fué mordido ferozmente en Steige, publicillo alsaciano, el niño de nueve años José Meister.

El doctor Weber que le curó de primera intención sus graves heridas, dijo a la madre del niño, a las doce horas del accidente:

--Salga usted con su hijo inmediatamente para París, y llévelo a un médico de la calle de Vlus, que se llama Pasteur, que es el único que puede aconsejarla bien.

El día 6 por la mañana presentó a Pasteur el niño con los muslos y una pierna destrozados.

Consultó con el fisiólogo Vulpian y con el profesor de la Academia de Medicina Graucher, acordando los tres, aplicar al enfermo, casi desahuciado, el método que hasta entonces sólo con los perros había ensayado el sabio.

El niño se salvó.

Al muy poco tiempo, un pastorcillo de quince años, llamado Juan Bautista Jupille, vió un perro rabioso dirigirse hacia un grupo de varios niños que estaban distraídos en sus juegos.

Valiente el pastor se precipitó sobre el animal, entablándose una terrible lucha.

Le ató el hocico con la tralla de su látigo, y sirviéndose de uno de sus zuecos, lo mató a golpes. Hasta veintiséis días después, no llegó este heroico niño a manos de Pasteur, que también lo salvó de una muerte segura.

La Academia concedió al pastorcillo un premio de 1.000 francos, y en el Instituto Pasteur de la calle Dudot, se le ha erigido una estatua.

A partir de estos grandes éxitos, se extendió la fama del sabio, fundándose al siguiente año el Instituto últimamente citado, donde alcanzaron todo su desarrollo los estudios profiláxicos, naciendo entonces la asepsia y la antisepsia.

En una cripta, cerca de este laboratorio descansan los restos de Pasteur, que murió el año 1895.



Monumento a Pasteur, por Horacio Daillion.



LOS FAMOSOS ACEROS DE TOLEDO



Hubo una época en España, como en las demás naciones de Europa, en la que no coociéndose aún las armas de fuego o siendo todavía toscas y de escasos efectos, era el arma blanca la reina del combate.

La aguda y potente lanza, la tajante espada o el recio mandoble, requerían el casco de visera, la coraza y la cota, o el portátil escudo.

Los caballeros que peleaban por su rey, su Dios o su dama, rompiendo lanzas por ellos y acabando la pelea con la espada, el hacha o la daga, procuraban siempre el mejor acero y más fino temple, acudiendo a Milán para sus cotas de malla y buscando con empeño las hojas toledanas, dignas rivales de los aceros de Damasco, que más de una vez se cruzaron con los de Toledo, manejados unos y otros por los descendientes del Profeta o los secuaces de los monarcas godos.

Grande ha sido siempre la fama de los productos de nuestra fábrica nacional de armas blancas, contribuyendo a ello la habilidad de sus maestros, la calidad de las primeras materias y el temple especialísimo que se sabe dar a las hojas; hoy varían los procedimientos de fabricación, y sin embargo, subsiste el renombre de lo obtenido por métodos antiguos.

Las hojas de acero para armas blancas se obtienen modernamente por la forja y temple del acero fundido; pero en Toledo se deja a las mismas un *alma* de hierro dulce, lo que hace más difícil saltar en el momento de dar un tajo.

Según el objeto a que se destinen, pueden tener una u otra forma, pues la manera de dar el corte no será la misma en un sable corvo, que en una cimitarra, campilán, machete, etc., persiguiendo en unos herir con poco movimiento del brazo acumulando

peso en la punta de la hoja, o en otros favoreciendo la penetración por la curvatura de la misma, aproximando más el peso al puño, así como dejando la forma recta cuando se trate de estocadas en vez de cortes; de cualquier modo se busca siempre que penetre con facilidad en la carne, no olvidando que la cuña avanza mejor cuanto más agudo es su ángulo y que el corte se practica más que por choque por deslizamiento del acero.

Damos las formas más corrientes de armas blancas incluso la lanza.

El sable que hoy se emplea varía sólo en la figu-



Marcas de que usaron en sus espadas los más famosos armeros de Toledo.

ra que se le da según el Cuerpo que lo use o el modelo adoptado en la nación de que se trate; pero en principio su fabricación es la misma y se distinguen en él la hoja y la espiga para montarlo en la empuñadura, y en la primera, el corte con los dos planos que la forman, el lomo, los vaceos (parte acanalada) y la punta.

Pasemos ya a ver cómo se fabrica en Toledo una hoja.

Dos trozos llamados *tejos* de acero de Suecia se superponen a otro de hierro dulce vizcaíno que se denomina *Sotrozo* y se llevan al horno donde calentados a la temperatura conveniente se les da *puntada* quedando en forma de flecha.

Por medio de caldas nuevas y forjas sucesivas se pasa por diversos estados hasta llegar a los *vaceos* que empiezan a obtenerse por estampaciones, permaneciendo la espiga, de hierro dulce como procedente del extremo más grueso del *sotrozo*, pero en todo lo demás envuelto éste por el metal de las *tejas*.

Cuando llega la fabricación a esta altura, viene el templeado de las hojas en agua, operación delicada

en extremo, de la que depende con seguridad la vida del arma.

Para llevarla a cabo es preciso obtener no sólo el punto de temperatura necesario sin excederlo, sino saber sumergir la hoja en el líquido, y examinándola enseguida, por el calor y otras señales que sólo conoce un buen práctico, descubrir las partes en que tiene demasiado temple, lo que exige recalentones nuevos para disminuir la fortaleza hasta que toda ella queda por igual templada.

Terminado el temple, se procede al desbaste en piedras de amolar de asperón, y luego de reconocidas, entran las pruebas de las hojas que las figuras indican, en una de las cuales se ve sobre la mesa una almohadilla con un casquete de acero sobre el que deben darse tres tajos, previamente defendido el que los da por una careta de alambre por si saltase la hoja. Si después de estas experiencias está sin torcer ni mellar, y no descubrió grietas o defectos, pasa al taller de pulimento y de aquí a los grabadores, montándose en último término. Como se ve, una hoja toledana reúne bastantes garantías para que resulte excelente.

TABLA ALFABÉTICA DE LOS MÁS FAMOSOS ARMEROS DE TOLEDO

- | | | | |
|--|--|---|--|
| 1 Alonso de Sahagún el viejo. Vivía en el año de 1570. | 24 Dionisio Corrientes. Labró en Madrid. | 51 Juan Meladocia. | 75 Luis de Nieba. Labró también en Calatayud |
| 2 Alonso de Sahagún el mozo. | 25 Fabián de Zafra, hijo de Adrián. | 52 Juan de Bargas. | 76 Lopus Aguado, hijo de Juanes Muleto. Labró en S. Clemente. |
| 3 Alonso Pérez. | 26 Francisco Ruiz, el viejo | 53 Juanes de la Horta, vivía por el año 1545. | 77 Miguel Cantero. |
| 4 Alonso de los Ríos. Labró también en Córdoba. | 27 Francisco Ruiz, el mozo, su hijo. | 54 Juanes de Tolledo. | 78 Miguel Sánchez, hijo de Domingo. |
| 5 Alonso de Caba. | 28 Francisco Gómez. | 55 Juanes de Alquiniba. | 79 Melchor Suárez. Labró en Lisboa. |
| 6 Andrés Martínez, hijo de Zabala. | 29 Francisco Zamora. Labró en Madrid. | 56 Juanes Muleto. | 80 Nicolás Hortuño de Aguirre, nieto de Hortuño, floreció por el 1637. |
| 7 Andrés Herrera. Labró también en Cuenca. | 30 Francisco Alcozer. Labró en Sevilla. | 57 Juanes, el viejo. | 81 Pedro de Toro, |
| 8 Andrés Maniesten. Labró también en Calatayud | 31 Francisco Lurdi. | 58 Juanes de Urriza. | 82 Pedro Arechiga. |
| 9 Andrés García. | 32 Francisco Cordui. | 59 Julián del Rey. Labró también en Zaragoza y usó de otras marcas. | 83 Pedro López. Labró también en Orgaz. |
| 10 Antonio Baena. | 33 Francisco Pérez. | 60 Julián García. Labró en Cuenca. | 84 Pedro de Lezama. Labró también en Sevilla. |
| 11 Antón Gutiérrez. | 34 Giraldo Reliz. | 61 Julián de Zamora. | 85 Pedro Legaretea. Labró en Bilbao. |
| 12 Antonio Gutiérrez. | 35 Gonzalo Simón. | 62 José Gómez, hijo de Francisco Gómez. | 86 Pedro Orozco. |
| 13 Antón Ruiz. Labró también en Madrid, y usó a más la cifra de su nombre. | 36 Gabriel Martínez, hijo de Zabala. | 63 Jusepe de la Hera, el viejo. | 87 Pedro Belmonte. |
| 14 Adrián de Zafra. Labró también en S. Clemente. | 37 Gil de Almail. | 64 Jusepe de la Hera, el mozo. | 88 Roque Hernández. |
| 15 Bartolomé de Nieba. | 38 Hortuño de Aguirre, el viejo. | 65 Jusepe de la Hera, el nieto. | 89 Sebastián Hernández, el viejo, vivía por el 1637. |
| 16 Cacaldo y el campanero, compañeros. Labraron en Cuéllar y en Badajoz. | 39 Juan Martui. | 66 Jusepe de la Hera, el viznieto. | 80 Sebastián Hernández, el mozo. |
| 17 Domingo Orozco. | 40 Juan de Leinalde. Labró en Sevilla. | 67 Jusepe del Haza, hijo de Silvestre, nieto. | 91 Silvestre Nieto. |
| 18 Domingo Maestre, el viejo. | 41 Juan Martínez, el viejo. | 68 Ignacio Fernández, el viejo. | 92 Silvestre Nieto. |
| 19 Domingo Maestre el mozo. | 42 Juan Martínez, el mozo. Labró también en Sevilla. | 69 Ignacio Fernández, el mozo. | 93 Tomás de Ayala, vivió por el 1625. |
| 20 Domingo Rodríguez. | 43 Juan de Almail. | 70 Luis de Niebes. | 94 Zamorano, el toledano. |
| 21 Domingo Sánchez, llamado el tijerero. | 44 Juan de Toro, hijo de Pedro de Toro. | 71 Luis de Ayala, hijo de Tomás de Ayala. | |
| 22 Domingo Aguirre, hijo de Hortuño. | 45 Juan Ruiz. | 72 Luis de Belmonte, hijo de Pedro Belmonte. | |
| | 46 Juan Martínez de Garato, Zabala. | 73 Luis de Sahagún, hijo de Alonso el viejo. | |
| | 47 Juan Martínez Menchaca. Labró también en Lisboa. | 74 Luis de Sahagún, llamado el Sahaguncillo, hijo de Alonso el viejo. | |
| | 48 Juan Ros. | | |
| | 49 Juan Moreno. | | |
| | 50 Juan de Salcedo. | | |

Las cuatro marcas últimas son de fabricantes toledanos cuyos cuños originales entre otros que van en esta lista se conservan en el Archivo del Ayunta-

AVIONES SIN PILOTO, EN EL PORVENIR

La telemecánica está a la orden del día; apasiona el problema de dirigir a distancia un mecanismo, que es en lo que esto consiste, y que lleva consigo numerosas soluciones que dependen de la distancia y del medio elegido.

Desde los 10 o 12 metros, pueden manejarse con seguridad completa, palancas, ejes, etc., pero cuando se trata de salvar otras distancias mayores, tropiézase con grandes dificultades, habiéndose pensado en utilizar flúidos bajo cierta presión, mandos hidroneumáticos, gaseosos, frenos...

De todos modos, la dirección de los aviones sin piloto, es uno de los problemas hoy más atrayentes.

No es precisamente del día este asunto, pues hace ya muchos años que se hicieron en España felices ensayos del telequino. En 1918, se elevó un avión en el aeródromo de Chichersy (Francia) sin llevar piloto a bordo, provisto de un mecanismo que le aseguraba la estabilidad, y además, de receptores de ondas hertzianas, mediante los que fué dirigido desde tierra durante cincuenta y un minutos que voló; recorriendo 100 kilómetros en un circuito muy complicado.

Aunque el resultado de la prueba era alentador, el problema quedó en suspenso, si bien no abandonado en absoluto, entre otras razones porque en Inglaterra, en los Estados Unidos y en otros países, después que en España, se ensayó con éxito apreciable la dirección de embarcaciones desde la costa, reafirmando la idea de llegar al avión automático.

La eliminación del piloto es cuestión muy ardua, necesitándose proveer al aparato de mecanismos accionados, ya por las propias reacciones del mismo, ya por los empujes del viento, o en fin, por los botones especiales de gobierno: *Elevación, Descenso, Viraje a derecha y a izquierda*, etcétera.

En la telemecánica aérea, se sobrepone a todo la estabilización automática, sobre la que se han realizado multitud de trabajos desde la aparición del avión, para disminuir los riesgos.

Pueden recordarse, la paleta aerodinámica de Dautre, el estabilizador giroscópico de Sperry, el de mercurio de Aveline, la giraldilla de Constantine y otros; sin olvidar aparatos de estabilidad de forma propia, que se han ensayado con el noble deseo de resolver este complejísimo problema.

Todo avión, tiende a tomar tres movimientos de rotación alrededor de tres ejes rectangulares, y tres de traslación según esos ejes. Compréndese que si

se pretende someter un avión a marchar con orientación y por trayectoria determinadas, será necesario oponerse a cinco de esos seis grados de libertad; llevándonos tal teoría a la necesidad de dotar al aparato de cinco estabilizadores diferentes, lo que en mecánica es de difícilísima realización.

La práctica ha logrado reducir a tres los estabilizadores necesarios.

Siempre habrá que establecer los necesarios para responder en principio a las condiciones siguientes: recobrar la fuerzas capaces de traer el avión a su posición de equilibrio, cuando se halla desviado de ella; hacer que cesen las acciones impulsoras antes de conseguir el equilibrio, para evitar la tendencia molesta de la oscilación llamada de «campanilla» o de «campaneo»

Seis órganos deberán constituir toda estabilización de avión automático:

1.º Una estrecha relación con todas las piezas, perfectamente determinadas y conocidas del avión.

2.º Otra relación de las mismas piezas, que sea solidaria del plano invariable y del ángulo de ataque de los filetes de aire sobre el aparato. Esto es, estabilizar el avión en el plano horizontal absoluto o con relación al flúido en que navega.

3.º Un juego de *servo motores* que actúen sobre los diferentes órganos de maniobra: equilibradores, aletas de desviación y gobernable de dirección.

4.º Un *compensador de inercia*, que evite las reacciones de la relación fija con los órganos del avión, que debe ser invariable siempre.

5.º Un *organismo de enlace* de la relación fija con la móvil, de modo que la acción de atracción cese antes que el avión recobre su posición de equilibrio.

6.º Otro *organismo de inmovilización* de los mandos, cuando está el aparato en su posición de equilibrio, evitando la reacción del aire sobre los órganos de maniobra.

Bien entendido, que estos seis órganos deberán funcionar perfectamente cualquiera que sea la fuerza de las perturbaciones el que sufra avión.

Pronto se echa de ver cuán delicada es la estabilización del aparato, primera condición para el que no lleve piloto; siéndolo mucho más en la práctica, hasta realizar lo indicado por la teoría.

Se ha utilizado el giróscopo Sperry con algunas modificaciones importantes.

Sábase que un giróscopo es un disco ligero, que

al girar a gran velocidad—de 15.000 a 18.000 revoluciones—adquiere una considerable inercia, tendiendo a quedar en su plano de rotación; pero si se desvía de este, su tendencia es perpendicular al mismo, por lo que se agrega otro giróscopo que gire en sentido inverso al primero, sirviéndose mutuamente de compensadores de la inercia.

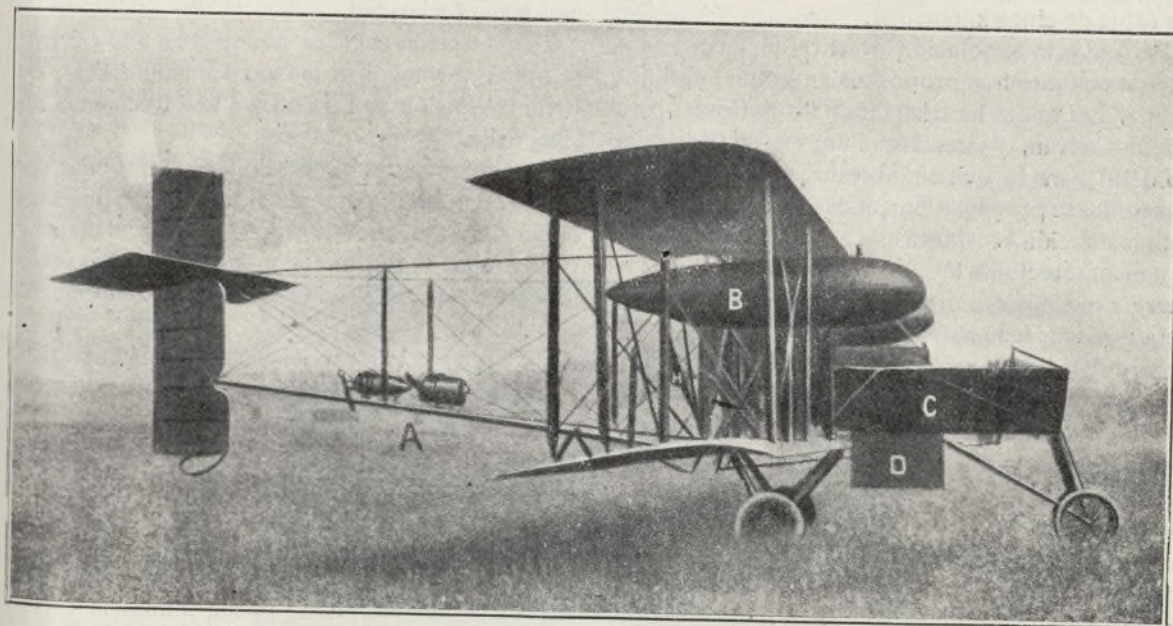
Se dota al avión de un juego de dos giróscopos gemelos en cierto modo, para las profundidades, otro para el equilibrio lateral y otro para la dirección.

Cuando el avión se desvía de su posición de equilibrio, se establece automáticamente un circuito

del estabilizador tiende a mantenerlo en la horizontal, se emprende su acción, hasta que esté en posición ascensional. Lo mismo si se trata de que descienda o de que vire. Pero en seguida habrá que restablecer el estabilizamiento que se había suspendido.

Claro está, que la dirección telemecánica se ejerce mediante el sistema de telegrafía inalámbrica, con una estación emisora en tierra y otra receptora en el avión.

Se dispone de un cuadro análogo al de un ascensor, con botones indicadores, de ascenso, descenso, viraje a la derecha o a la izquierda, lentos, medianos y rápidos.



Avión automático que ha tomado parte en las experiencias de Etampes. A.—Generador de corriente eléctrica. B.—Depósito lateral de esencia. C.—Carlingue.—D.—Caja donde van encerrados los servomotores. H.—Hélice colocada detrás.

eléctrico, mediante un conmutador que lo abre o lo cierra yendo o cayendo a un lado o a otro, y haciendo entrar en acción los servo-motores, que se hallan embragados a los tambores en que van arrollados los cables de mando: *profundidades, dirección e inclinación*.

Cuando el tambor ha girado un cierto ángulo, un interruptor corta el contacto y el movimiento se para, quedando en su lugar el órgano afectado; volviendo a quedar al cero los organismos que se movieron, y el conmutador en la zona aislada, que es su lugar, en lo alto de cada giróscopo.

Parece, pues, que a pesar de todas las dificultades para acoplar tan complejos y delicados accionadores, se ha conseguido, y se cuenta con el avión perfectamente estabilizado; pero es necesario hacerle evolucionar desde abajo.

Si se desea hacer subir el aparato, como la acción

Oprimiendo estos botones, accionan sobre los servo-motores, que hacen que el avión adopte la posición deseada, por ejemplo, inclinada para virar, sosteniéndola tanto tiempo como el botón esté oprimido. Podría así, ejecutar un número indefinido de revoluciones a voluntad del que gobierna desde abajo.

No puede negarse que se ha dado un gran paso respecto de la estabilidad, y bien puede afirmarse que los servo-motores indicados pueden adaptarse a los aviones de transporte. Cuando esto se haga y los pilotos no tengan que cuidarse de la estabilidad, por restablecerse automáticamente, se podrán entregar a comunicarse con tierra, por telegrafía o telefonía sin hilos; podrán atender a lo que ocurra a bordo, y en fin, irán elevando su papel en la aeronave, sobre el actual de simple conductor, a verdadero científico, navegando según los nuevos métodos.

Pero también puede concebirse la utilidad del avión sin nadie a bordo, llenando determinadas misiones, como la de transportar mensajerías, exploraciones meteorológicas y otras.

Hay, para eso, que enviar energía suficiente para producir los efectos mecánicos necesarios, y determinar sin confusiones un gran número de operaciones distintas.

Si se enlazara el avión con el puesto director, por cables conductores, el problema estaría resuelto. Aunque parezca extravagante, se ha ensayado esto en los Estados Unidos, dirigiéndose un aparato desde otro que volaba detrás de él, unidos ambos por un cable de cinco kilómetros.

Pero ni esto es solución práctica, ni menos concuerda con nuestros propósitos en lo que aquí nos ocupa. Las ondas hertzianas son las indicadas para que nos sirvan, y estas lanzan una energía demasiado débil para lo que se necesita, y además, como es sabido, se propagan por ondas esféricas.

Si la estación receptora está a cinco kilómetros de la emisora, recibirá la cienmillonésima parte de la energía que envió. Por poca energía que necesiten para accionar los aparatos, es insuficiente la que les llega. Además, como la telegrafía sin hilos opera en campo abierto, el receptor es sensible a todas las emisiones telúricas, magnéticas y a todas las ondas parásitas.

Habría que realizar a la vez, una sensibilidad extrema y cerrar la puerta a toda emisión que no parta del puesto emisor director.

Actualmente, todos los puestos de telegrafía sin hilos están dotados de lámparas ténuoiónicas, que dan excelentes resultados.

La débil energía recibida por la antena, produce, mediante un pequeño transformador, variaciones de potencial en un determinado punto del circuito alimentado por pilas o por acumuladores. La acción de la energía determina por influencia electrostática variaciones de energía esparcida por la corriente, variación que es proporcional a la diferencia de potencial media y a la variación de potencial producida en los puntos elegidos del circuito. Este punto está constituido por un grupo de tres electrodos. Se puede multiplicar la energía recibida por un factor que no depende más que del número de amplificadores adoptados. De modo que, montando varios grupos «en cascada», se puede llegar a multiplicar por 1.000 la energía recibida por la antena, con lo que está vencido el primer escollo.

Ahora, hay que proteger el receptor contra las sensibilizaciones parásitas.

A ello se va con el *distribuidor* y el *selector*. El primero es un cilindro análogo a un «controlador»

de tranvía; lleva empulgaduras en relación con los diferentes mandos, y que puede girar una fracción de vuelta correspondiente a la desviación angular de dos empulgaduras, poniéndose en contacto con la *elevación*, el *descenso* o un *viraje*.

La selección es relativamente más fácil. Puede utilizarse con ventaja el principio de la resonancia. Esta o una serie de resonancias «en cascada», establecen un cerramiento muy completo y dan un retardo de una décima de segundo a nueve décimas; el que sería inadmisibles para la telegrafía sin hilos; pero es muy aceptable para guiar un avión, en el que correríamos riesgos de accidentes si se usara con mayor celeridad.

Esta selección acústica superpuesta a la eléctrica, se opera por un instrumento llamado *tikker*, que corta la emisión de las ondas a una frecuencia musical dada.

Si el receptor está impresionado por ondas continuas o cortadas; pero a una frecuencia que no es la del *tikker*, el circuito sigue abierto y el diapason queda inmóvil. Si por el contrario, las ondas recibidas son de la frecuencia prevista, entra el diapason en vibración.

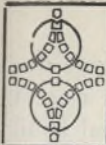
En fin, estará la corriente seleccionada y distribuida en la serie de órganos correspondientes a una maniobra bien definida, por ejemplo, *elevación*.

Como hemos amplificado la energía recibida, mediante lámparas termosónicas, es suficiente la corriente para producir el efecto mecánico preciso; estableciendo contactos se llega a obtener la energía deseada para hacer maniobrar los órganos de mando del avión. También se puede utilizar la energía haciendo pasar en el espiral primario de un transformador el secundario empleando una corriente de inducción cuya energía será proporcional a la del primario; no funcionando la bobina más que cuando el amplificador dé corriente discontinua.

Ultimamente, la maniobra de aterrizaje, es también delicada. Para prevenir la natural tendencia a inclinarse a un lado o a otro, es necesario imprimir a las aletas movimientos inversos; y para que el avión no pierda velocidad y caiga pesadamente, se utilizan dispositivos anemométricos muy ingeniosos, que impiden la acción del mando cuando no es bastante la velocidad.

Obtener un aterrizaje suave, ha sido tal vez lo que más ha dado que hacer a los experimentadores.

Aunque están resueltos numerosos problemas, en realidad nos encontramos en período de ensayos; tan halagüeños, que es razonable expresar para no muy tarde el definitivo triunfo de la telemecánica y con ella el del avión sin piloto, que ha de transformar el aspecto de la aeronáutica.

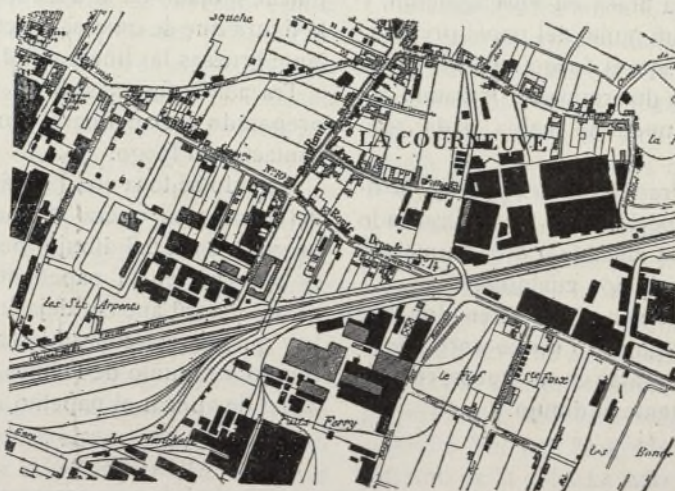
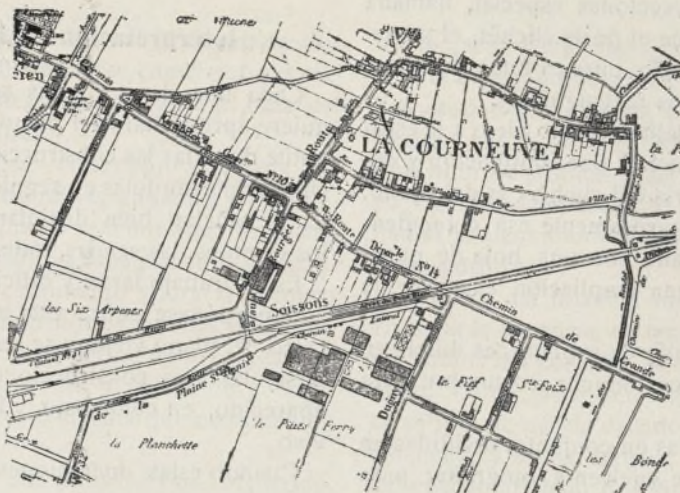


Se piensa en la aviación comercial, y en que se extienda el avión que transporte mercancías y viajeros, lo cual es una de las principales utilidades que puede rendir el vuelo, en el presente y en el porvenir. Pero hay otras no menos importantes, entre ellas servirse de las fotografías tomadas desde la altura para tener planos de terreno.

No es esto una teoría vana, pues ya se han hecho pruebas con éxito completo en varias naciones, y entre ellas Francia, donde se han levantado rápida y exactamente, planos de más de cien ciudades y de medio millar de pueblecillos, a la escala oficial del catastro, de 1 : 5.000.

El trabajo de fotografía.

Alzan el vuelo aviones equipados especialmente, con un aparato de 0'50 de foco y almacenes con cincuenta clichés de 18 X 24. Van a comenzar los trabajos que terminarán con la confección del plano de una provincia o de una región determinada. En ella, cubrirán cada una una zona fija, trazan-



do en los aires fajas rigurosamente paralelas, de modo que los clichés una vez extendidos, se recubran por mitad en cada sentido, a fin de evitar las faltas fotográficas y para poder utilizar nada más que una parte del cliché.

Luego, se identifican con relación al suelo, se clasifican y numeran, para llevarlos sobre un tablero y formar el plano con el conjunto; teniendo un avance del trabajo y a la vista los vacíos fotográficos que tapar, si los hay.

Se tienen delante uno o dos millares de clichés, ordenados, numerados y clasificados, que adolecen de varios defectos.

1.º No están todos a la misma escala.

2.º No está el conjunto, a la escala necesaria, por ejemplo a la de 1 : 5.000.

3.º El avión que no haya volado siempre paralelamente a tierra, ha tomado sus clichés con deformaciones más o menos acentuadas, que nos obligarán a rehacerlos o a rehacer el plano.

Considerando como exacto en planimetría, un plano antiguo cualquiera de la

región fotografiada, nos serviremos de él para aplicar estos clichés al plano deseado y a la escala pedida.

A este fin, se colocarán uno a uno en una máquina fotográfica de proyecciones especial, llamada *fotorestituidor*, en la que el porta-clichés, el porta-objetivo y el porta-pantalla, pueden tomar todas las posiciones en dos planos rectangulares.

Colocando en la pantalla el plano viejo a la escala deseada, se hace coincidir por ampliación y deformación, la planimetría del cliché y la del plano. Cuando se consigue rigurosamente esa coincidencia, se reemplaza el plano por una hoja de papel sensible, y se obtiene una ampliación exactamente a la escala.

Este trabajo tan sencillo de explicar, es difícil en la práctica, necesitándose mucha costumbre para realizarla.

Todas estas fotografías en conjunto, divididas en hojas rectangulares, se vuelven a fotografiar para obtener un cliché definitivo, el que servirá para tener cuantos planos fotográficos se quieran.

Terminado el trabajo fotográfico, hay que acometer otro más difícil y delicado: el *restituidor-interpretador*.

Estas denominaciones nuevas han surgido de la necesidad, y esta última se aplica a cierta clase de delineantes que han adquirido la especial habilidad de interpretar y leer la fotografía.

Interpretación de la fotografía.

Cada una de las hojas se estudia con lupa. Si quiere aprovecharse el plano antiguo, se marca el límite de todas las construcciones nuevas con tinta china, rellenándolas en seguida con rojo a la aguada. Se señalan bien distintamente, las vías férreas, los caminos, las sendas, todo.

Es un trabajo largo y difícil.

Superpónese sobre esta especie de minuta, un calco del plano viejo, y se señalan (o pueden señalarse) las vías, construcciones etc., que han desaparecido, en color bajo, y las nuevas en otro más vivo.

Cuando estas operaciones están terminadas, se puede hacer la tirada.

El trabajo es difícil, lento y minucioso; pero comparado con el necesario en los trabajos de campo y gabinete para el levantamiento de planos, es rapidísimo y útil.

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

EL FUEGO DIBUJANTE

Veamos en qué consiste este recreativo experimento, que vamos a describir desde luego, reservándonos exponer después el medio de prepararlo.

Tómese un fósforo o un palillo cuyo extremo esté inflamado soplándolo para que ofrezca un punto incandescente como una brasa en viva ignición, y tóquese con esta brasa un punto del papel preparado. Al instante se propaga el fuego en una línea que sigue una dirección determinada, trazando un dibujo en el papel, donde no había nada aparente.

Es muy curioso y recreativo ver extenderse la línea de fuego en la superficie del papel trazando ora un personaje, ora un elefante u otro animal, ya un nombre, ya una inscripción cualquiera.

Los trazos de fuego suelen dividirse en dos, que se alejan uno de otro, siguiendo un contorno invisible, para reunirse y apagarse en un punto, cuando ya está trazado enteramente el dibujo.

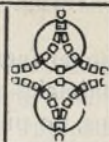
El experimento es sencillísimo y fácil de realizar. Basta disolver salitre (nitrato de potasa) en agua clara haciendo una disolución bien saturada en frío. Se toma entonces una hoja de papel delgado, y con un palito o pluma de ave, o si se quiere un pincel, mojado en la disolución del salitre, se traza la figura que se quiera, procurando que sean bastante gruesas las líneas del dibujo.

Trazada la figura se deja que se seque y queda preparado el papel para producir el fenómeno al contacto del fuego.

Cuando se toca con la brasa uno de los puntos del trazado, se opera la combustión siguiendo el fuego la línea del dibujo; pero como esta línea no es aparente en el papel antes de la combustión, porque la sal apenas deja un poro imperceptible, hay que marcar con un lápiz, cuando está fresco el dibujo, un punto de la línea que indique por dónde se ha de aplicar el papelito incandescente.



LA CAZA DEL LEÓN



He aquí como Eduardo Foa, el gran explorador francés, célebre por sus cacerías como por sus viajes, relata de una manera emocionante la caza del león en el Africa Central.

Un día de Julio—dice—conocí por el rastro que dos leones acababan de pasar, andando tranquilamente por el sitio en que nos encontrábamos, pocos minutos antes que nosotros. Nos pusimos silenciosamente en marcha, caminando sobre las cenizas del fuego que había destruido las yerbas de la llanura, dando vueltas a los macizos de arboleda que habían atravesado los leones y volviendo a coger la pista al otro lado. No convenía que nos sintieran ni que nos olfatearan.

Llevaba así andado una hora bajo un sol tórrido, cuando el color verde de la vegetación nos anunció que nos acercábamos a algún sitio donde había agua.

Los leones que seguíamos habían ido sin duda alguna a beber allí. Si no sospechaban nada y si no nos habían ganado mucha delantera, debían encontrarse cerca del agua, probablemente en acecho de alguna presa.

Por todas partes el silencio más profundo; la naturaleza parecía muda, abatida por el calor; nos asábamos bajo los rayos ardientes de un sol de medio día, y con o sin leones, nos alegrábamos de ver a lo lejos agua y sombra. Redoblamos las precauciones, y sin abandonar la pista avanzamos muy lentamente, interrogando cuidadosamente con la vista todos los alrededores. Llegamos así a unos sesenta metros de una charca. El terreno estaba sembrado de matorrales y de peñones grises. Empezamos a visitar uno por uno cada arbusto y cada peñón. No vimos nada, y sin embargo, allí estaba la pista de los leones. Avanzamos unos cuantos pasos, y el cazador negro murmuró a mi oído: «¡Ahí están!» En aquel instante ví dos formas grises que se distinguían vagamente, y que lo mismo podrían ser leones que algunas de las grandes piedras que sembraban el suelo. Para cerciorarse era preciso acercarse más.

Así lo hicimos, no sin grandes precauciones. Llegamos detrás de un enorme nido de termitas (horrigas), y vimos dos magníficos leones, uno tendido a lo largo y el otro sentado en la postura de un gato que, con una pata tiesa levantada en alto, se lame la tripa.

Uno de los leones se me presentaba enseñando-

me la grupa y las orejas, mientras que el otro tenía la cabeza escondida bajo el muslo. Ninguno de los dos sospechaba nuestra presencia. Msiambiri, mi cazador negro, me hizo seña de adelantarme hasta otro nido de termitas y me dijo al oído que cuando yo estuviese dispuesto, él partiría una rama para llamar la atención de los leones y que se volvieran hacia nosotros.

Antes de dar la seña me cercioré de que tenía en regla la escopeta, en tanto que se me calmaban los latidos del corazón, porque estaba muy emocionado. Apunté, asegúreme de que veía bien el punto de mira y de que la distancia era próximamente de cincuenta y cinco metros. Después elegí la parte del cuerpo del león que quería herir. Terminados estos preparativos, hice a Msiambiri una seña que quería decir «¡Adelante!» Le ví armar los dos gatillos de mi escopeta calibre doce, para tenerla de reserva, coger una rama seca, mirarme, mirar a los leones y...oí un crujido de la madera al partirse, y también lo oyeron los leones, que en el acto se pusieron de pie mirándonos, uno cara a cara, el otro de costado pero con la cabeza vuelta hacia mí. Apunté a este último al corazón, y luego levanté un poco la escopeta. La mira no temblaba. Apreté el gatillo. Me respondió un rugido espantoso mientras yo saltaba, protegido por el humo, para ponerme al abrigo del nido de termitas. Desde allí pude ver en aquel instante a uno de los leones en el suelo, revolcándose furioso y agitando la cabeza, las patas y la cola. Su compañero huía a todo galope.

Avanzamos lentamente, sin perder de vista a la fiera, que se agitaba cada vez más blandamente, lanzando gemidos sordos y echando por la boca espumarajos y sangre. Comprendí que tenía contados los momentos de vida y le perdoné el golpe de gracia. No estaba ya más que a diez pasos de él. Poco después no se movía casi; las garras le salían y le volvían a entrar lentamente, el pecho se le hinchaba y deshinchaba por intervalos; las patas se le ponían rígidas en la agonía suprema. Únicamente el tufo de pelo negro de la cola se movía, dando saltos de derecha a izquierda. Por último, dejó de palpar su cuerpo y murió estirándose con un largo murmullo apenas perceptible.

Medía 2 metros 71 desde la punta del hocico al extremo de la cola. La bala después de perforar el corazón y los pulmones, le había destrozado el homoplato del otro lado. Era un tiro perfecto para

poner fuera de combate a uno de esos terribles animales que, en cuanto tienen los homoplatos rotos, no pueden servirse de los miembros anteriores, pero es un tiro muy difícil de hacer y se corre gran peligro si no se da bien en el blanco-

La muerte de aquel león, que fué el primero que

He aquí en qué circunstancias verdaderamente dramáticas mató su último león.

«Desde hacía hora y media estábamos sobre la pista de un león, y ya iba a volver pies atrás, cuando de repente vi a la fiera, a unos treinta metros de mí, a la sombra de un arbusto, mirándonos cara a cara.



He aquí gráficamente el momento culminante y peligroso de la cacería, en que el león, herido de muerte, se revuelca por el suelo, mientras su pareja se apresta furiosa a la acometida de sus perseguidores.

maté, me produjo gran alegría; arrollamos en un palo la piel con la cabeza adherida a ella y la llevamos al campamento. Msiambiri removi6 cuidadosamente toda la tierra impregnada de sangre, la tapó con otra tierra limpia y enterró el cuerpo del león para que, según dijo, su familia no supiera lo que había sido de él y no fuera a vengar su muerte al campamento o a la aldea.

No pudiendo tirarla así di dos o tres pasos a la izquierda, de modo de cogerla de costado; pero en el mismo instante, como si hubiera querido adelantarse a mi intención, se puso lentamente en marcha hacia mi izquierda, presentándome la espaldilla. Apunté cuidadosamente, y siguiendo con la mira su marcha lenta y ágil por entre los arbustos, elegí el momento propicio, e hice fuego...Despejóse el humo, y no vi nada; pero un rugido ahogado me reveló que el proyectil había dado en el blanco,

avancé llevando la escopeta abierta, apuntando hacia abajo, y tratando de meter otro cartucho en cañon vacío.

¡Cómo explicaré aquella imprudencia, tan contraria a mi costumbre! Generalmente cargo inmediatamente mi escopeta, de una manera instintiva, y casi sin darme cuenta de ello. Y sin embargo, no estaba nada emocionado; pocas veces he estado tan tranquilo. ¿Cómo hice semejante tontería? Jamás he podido explicármelo. En la vida se tienen momentos inexplicables de distracción, de parálisis intelectual.

Avanzaba en la posición que he dicho, con el cartucho en la mano derecha. Me volví hacia un matorral, y me encontré cara a cara con el león, que al verme se arrastró a mi encuentro en la postura de un gato en acecho a punto de saltar sobre un ratón.

Antes de haber hecho un movimiento, lo veo levantarse y dar un salto. Un rugido me desgarró los oídos. He saltado de lado, sin saber cómo y no me ha cogido. Se recoge de nuevo mientras yo retrocedo tratando de huir, de cerrar la escopeta y de evi-

tar el nuevo salto que prepara. Por todas partes hay matorrales espinosos, que siento, que adivino sin volverme. Causa espanto ver el león rugiendo, con las garras llenas de sangre. Se lanza otra vez sobre mí, dando un salto como de tres metros. También le evito, tratando siempre de cerrar la maldita escopeta; pero no me deja tampoco. Aunque de la boca le salen espumarajos y sangre, aunque no tiene ya fuerzas para rugir, vuelve a saltar. Lo veo en el aire. Cae pesadamente. Tiene las garras enrojecidas. Agoniza...

En su furor vuelve a saltar una y otra vez. Me salpica la cara de sangre, y acaba por tocarme, desgarrándome la camisa...

Pero no se levanta más; por último consigo cerrar la escopeta; pero ya no me sirve para nada. El león se estira en la última contracción. Ya está muerto.

No pudiendo más conmigo, me dejo caer al suelo al lado de la fiera... Mis ideas son confusas; me parece que acabo de tener una pesadilla y aquella escena la he visto yo antes. Estoy poco menos que muerto.»

CURIOSIDADES

La invención de los guantes es remotísima. Ya en la Odisea vemos al anciano Laertes arrancar espinas en su verjel, llevando guantes de cuero en las manos.

Los guantes formaban parte del equipo de un caballero de la Edad Media.

También los usaron los sacerdotes en esa misma Edad, en las ceremonias de la Iglesia, mientras estaban proscritos en los Tribunales.

Los guarnecidos de hierro fueron parte de la armadura de los hidalgos, de donde se originan el sentido y el uso de nuestro *guantelete*.

Los guantes de piel o de seda para el uso diario son de fecha posterior, aunque no mucho, pues dos siglos más tarde vemos usarlos casi con la misma profusión que en nuestros días.

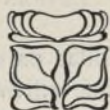
El empleo del guante, como medio de adorno y señal de etiqueta, data en Francia de tiempos de Enrique III (siglo xvi), en que ya los llevaban de seda las damas de su corte.

Durante el reinado de Felipe III, se fundaron varias importantes fábricas de guantes perfumados en Valladolid, Segovia, Barcelona y Madrid.

También en Inglaterra se usaron mucho, y, según autorizadas opiniones, la costumbre que los ha hecho necesarios para concurrir a los salones y festejos, fué moda exportada de dicha nación.

Imposible parece que el *guante*, casi un utensilio manual, haya creado una buena parte de la historia de los infinitos pueblos. La antigüedad hizo del guante, no sólo un objeto de pompa y esplendor, sino un régimen de conducta y de vida.





LA FRENOSCOPIA



Se puede estudiar el carácter del hombre por la observación del movimiento en su diafragma.

El gran público está ordinariamente bastante enterado de los progresos científicos. Los químicos, los físicos, los matemáticos, etc., son sometidos a interrogatorios por los periodistas, que publican en sus diarios noticias someras de las novedades, sin otra finalidad que enterar de tal o cual descubrimiento a los curiosos.

Lo que no es frecuente leer en los periódicos es nada referente a los psicólogos, porque el vulgo suele creer que estos son unos señores fantásticos.

Pero en cambio algunos aseguran que la psicología es una ciencia exacta unida estrechamente a la fisiología y basada en el conjunto de las ciencias naturales. El conocimiento de la botánica es indispensable al psicólogo, porque en ella encuentra las leyes preciosas que se aplican al espíritu humano.

Algún autor se explica así:

El fin primordial de la psicología es definir la personalidad moral de los hombres, en una palabra su carácter, con el máximun de certeza. Por intuición comprendemos que no existen dos hombres cuyos caracteres sean idénticos punto por punto.

Para establecer el diagnóstico etiológico, se han empleado muchos medios.

El más sencillo es el trato frecuente y la observación de sus hábitos ordinarios y extraordinarios, sus móviles y de aquí el carácter.

Mas este método requiere mucha perspicacia y mucho tiempo. Se han buscado diversos métodos de resultados más rápidos, si bien suelen ser engañosos, porque consciente o inconscientemente disimulamos y corregimos nuestros impulsos, por resignación, por educación o por cálculo.

La *Grafología* estudia la expresión más durable, pero insegura, de la escritura, que no presenta interés real si no se cuenta con otros medios de establecer el diagnóstico moral del sujeto.

Continúa el aludido psicólogo diciendo, que re fuerzan su teoría, las gnomonías basadas en la conformación física; Gall localizando las facultades intelectuales en las circunvoluciones cerebrales, Lombroso interpretando la construcción del cráneo...

Así llego—dice—a la *Frenoscopia*, que etimológicamente quiere decir *Vista del diafragma*.

* * *

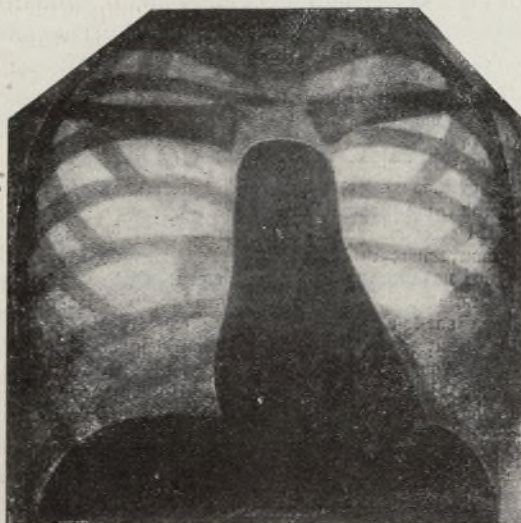
El diafragma no puede verse en actividad más que con el auxilio de los rayos X; pero con la radiología pueden seguirse sus movimientos con la misma exactitud que si estuviese al descubierto ante los ojos.

Si se piensa en los progresos de la radiología y en la importancia creciente del diagnóstico radiológico, se comprenderá que el descubrimiento de la frenoscopia habría de venir fatalmente, en cuanto un radiólogo fuese también psicólogo; pues necesariamente había de fijar su atención asombrada, en los movimientos del diafragma, distintos en cada sujeto. Siempre es una garantía, que la fijación científica de la frenoscopia, provenga de un radiólogo.

En efecto, para ser radiólogo hay que ser físico, conociendo como se producen y como obran los rayos X, y hay que ser médico y conocer perfectamente el cuerpo humano y los movimientos y modificaciones de todos sus órganos, patológicamente.

Como es consiguiente, el bagaje científico que esto representa, garantiza que no se ha de satisfacer con una mera apariencia al que lo posee, sino con todos los atributos de la verdad científica.

En una gran asamblea de psicólogos ha sido presentada la frenoscopia, y aceptada, como una interesante ciencia, desenvuelta según leyes y principios fijos.



Radiofotografía de la caja torácica y del diafragma.

El diafragma es un músculo en la base del tórax, que alzándose y bajándose reduce o aumenta la capacidad torácica y regula la respiración.

Como todos los músculos estriados, obedece a la voluntad; siendo posible inmovilizarlo, lo que no se puede hacer con el corazón.

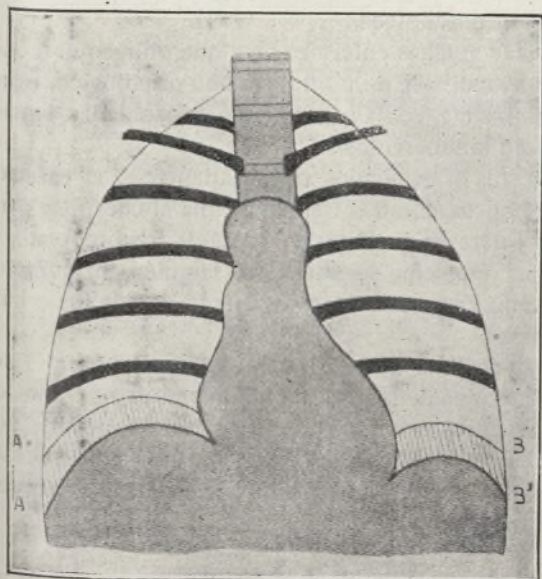
Si la mayor parte del tiempo respiramos sin pensar en que nuestra voluntad intervenga, es porque desde que nacemos sentimos la necesidad para vivir, de ordenar a los músculos que accionen la respiración y a fuerza de la costumbre, para el acto, de la consciencia a la subconsciencia y no nos damos cuenta.

Esto parecerá dudoso. Nos convencerá pensar en que los músculos de las piernas han de obedecer a nuestra voluntad; pero que casi siempre que andamos, las movemos sin pensar en ello.

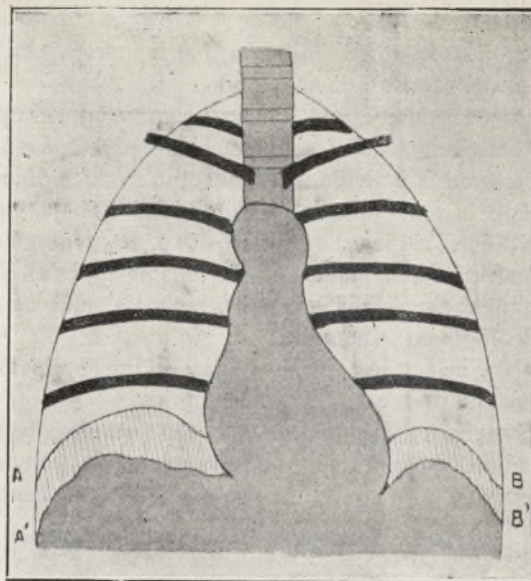
La naturaleza pone a la disposición del recién nacido un aparato respiratorio delicado y complicado, diciéndole: «respira o muere». Nadie puede aconsejarle cómo ha de usarlo, luego su intuición, su progresiva personalidad es la que le guía en sus primeros actos, y sigue guiándole en muchos después.

Todo el ser, está en el acto respiratorio. Shopenhauer dijo: «Un botánico, con una sola hoja reconoce toda la planta. Cuvier con un sólo hueso reconstruiría el animal entero; se puede con un sólo acto característico obtener el conocimiento exacto del carácter de un hombre».

Esta frase no es más que el corolario de la famo-



Diafragma de un calculador. La parte rayada indica la trayectoria frénica de expresión A y B, y de inspiración A' B'.



Diafragma de un artista incipiente. La parte rayada representa la trayectoria frénica de la expiración A y B, y de la inspiración A' y B'.

sa máxima de la escuela Pórtica: «El carácter es el origen de todas las acciones».

Entendida así la frenoscopia, es un caso particular de las diferentes gnomonías. Todos los movimientos son actos más o menos característicos; pero el del diafragma con el que empieza la vida, conserva siempre el sello del carácter, porque el hombre es incapaz de transformarlo.

La educación y la cultura física no hacen más que amplificar el movimiento, intensificarlo; pero la forma el *tipo*, eso no cambia ni un ápice desde la cuna a la sepultura.

* * *

La frenoscopia ha nacido de una multiplicidad de observaciones radioscópicas, desprendiéndose de ellas sus leyes y sus interpretaciones que son deducciones rigurosamente lógicas.

Establécense cuatro leyes fundamentales cuando descomponemos el movimiento diafragmático:

1.^a Cuando el diafragma entra en actividad, se contrae de A B a A' B' (véanse las figuras). Esta es la inspiración. El movimiento inspiratorio traduce la actividad del sujeto.

2.^a Antes de aflojarse, el diafragma queda un cierto tiempo contraído en A' B'. Este es el paso de la inspiración a la expiración; traduciendo esta pausa, el paso de la actividad al reposo.

3.^a El diafragma vuelve al estado de reposo, aflojándose de A' B' a A B, lo que constituye la expiración, que traduce el reposo del sujeto.

4.^a Antes de contraer de nuevo, el diafragma

queda cierto tiempo flojo en A B, que es el paso de la expiración a la inspiración; pausa que traduce el paso del reposo a la actividad.

Puede sentarse una 5.^a ley diciendo, que el tipo del movimiento diafragmático, vale para todas las formas de la actividad humana; no traduce únicamente la manera como el individuo trabaja, sino también el carácter, su generosidad, sus sentimientos afectivos, el amor, el odio, sus pasiones en sus manifestaciones más diversas. No deja nada de su psicología en la sombra.

Para aclaración de las reglas de interpretación, conviene presentar algunos ejemplos.

Supongamos que en un individuo empieza bruscamente la inspiración, con gran energía haciendo creer que va a continuar así; pero cesa casi enseguida.

Es muy corta.

Traducción: El individuo es un impulsivo; pero sin voluntad; sin espíritu de prosecución. Es honrado y franco; pero incapaz de un trabajo prolongado y de una empresa durable.

En otro individuo en que la inspiración es lenta, tímida, después va afirmándose, se prolonga y está en su límite más completa y profunda que la precedente, estamos en presencia de un hombre que reflexiona antes de obrar, que se rodea de precauciones, que sus decisiones son cuidadosamente motivadas, y que pone en la ejecución de sus actos hasta el límite de las fuerzas humanas. Es voluntarioso y perseverante.

Los individuos cuya inspiración se hace en varias veces, con paradas y arrancadas, sufren ansiedades y viven atormentados por las decisiones que adoptan.

Otros, apenas terminada la inspiración, empieza la expiración; no existiendo la pausa A' B'. Estos están siempre dispuestos a abandonar el trabajo para irse a descansar.

Otros tienen una pausa prolongada en A' B', y comienzan lentamente la expiración, con repeticiones inspiratorias. Son al contrario que los anteriores: dejan con disgusto el trabajo, van al descanso a regañadientes, y su actividad persiste a pesar suyo.

Una regla empírica puede formularse, que confirma el valor de la frenoscopia.

La expiración es la imagen del sueño. Según el movimiento de A' B' en A B, se descompone el día en la cama. El ritmo del sueño se calca en el ritmo expiratorio.

Es esto tan absoluto, que todos los individuos que tienen curvas en su expiración, tienen mal dormir, padecen insomnios y son turbados por pesadillas capaces de llevarles hasta el sonambulismo. El paso

de la expiración a la inspiración, se ejecuta exactamente como el sujeto realiza su salida de la cama para acometer su jornada: más o menos rápida o lentamente.

Los deductivos cuyas ideas no existen sino a consecuencia de nociones adquiridas, tienen una inspiración en la que el diafragma se baja en bloque, sin deformarse; todos sus haces musculares se contraen con igual intensidad. El acto inspiratorio, es potente en general.

En los individuos intuitivos, por ejemplo los artistas, hay deformaciones sorprendentes en el diafragma, teniendo vida propia, por así decirlo, cada haz muscular.

Y no es únicamente el diafragma el que se mueve, también lo hacen las costillas y el corazón.

En la mujer es tan pronunciado el movimiento de las costillas, que a veces impide la observación diafragmática. En el hombre, la asociación del movimiento frénico y el costal, significa diversidad de actividades.

En cuanto al corazón, su movimiento expresa las emociones, modificándose y amplificándose en los sujetos más sensibles, incluso en el curso de la conversación.

* *

Se ve que en la frenoscopia no hay más que deducciones directas simples y por lo tanto irreputables.

Hay que creer, que pronto los especialistas en enfermedades nerviosas y mentales, como los psiquiatras, completarán sus diagnósticos con exámenes frenoscópicos.

Hay muchas enfermedades que obligan al médico a auxiliarse de un tratamiento psicológico, principalmente en las invasiones microbianas lentas, como la tuberculosis.

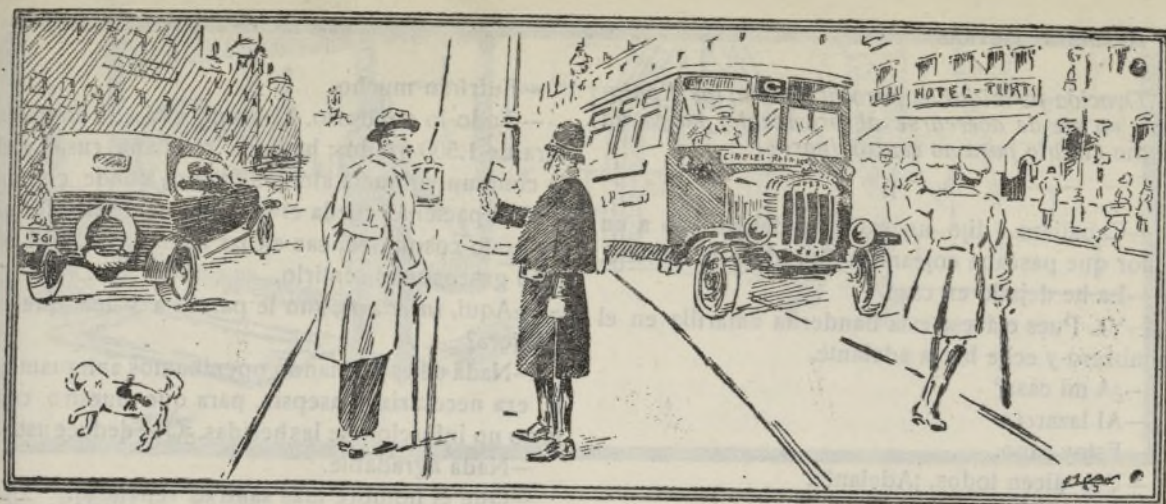
Estos tratamientos deben adaptarse, al carácter del sujeto, como el traje se adapta al cuerpo, y para eso, para *medir* el carácter, está la frenoscopia.

La medicina legal, tendrá también un complemento inesperado para la apreciación de los criminales.

El carácter no puede ser modificado; pero si sirviéndonos de la frenoscopia nos podemos conocer a nosotros mismos, cosa hasta ahora imposible, podremos modificar, mediante la voluntad, ciertas manifestaciones y adaptarnos a la vida práctica con conocimiento de causa.

* *

Estas son las razones y explicaciones que da un psicólogo, radiólogo y frenólogo, el que si no está en lo cierto, al menos es muy curiosa su teoría, y nada se pierde conociéndola.



CRÓNICAS FESTIVAS

EL FUROR SANITARIO

La revolución higiénica se había hecho al grito de «¡mueran los enfermos y abajo el arte de curar!» El descubrimiento de la *salutina*, desinfectante tan enérgico que había expulsado de España las moscas, los ratones y los gatos; la pública certidumbre de que cada enfermedad está representada por un microbio malévolos de fácil evasión e introducción en los cuerpos, que los poros tienen agujereados como cribas; el miedo a la muerte, tan natural en el hombre como su conformidad con que mueran los demás; y por último el grandioso pretexto de la regeneración de nuestra raza; sólo confiable a las personas sanas y a la destrucción de todo ser doliente, determinaron la explosión. Cada pueblo construyó su lazareto y se prohibieron todas las enfermedades, tolerándose únicamente las jaquecas a las damas, y a los hombres los simples constipados; y se exceptuaron de la ley la calvicie y las brugas, por haberse establecido que correspondían como elementos de ornamentación, a las Bellas Artes.

I

De un periódico ministerial.

«Terrible lección recibió ayer en el Congreso el jefe del partido expectante demostrando la impopularidad de sus ideas; murmullos e impropiedades corearon su discurso, sobre todo cuando dijo: «No rechazo la higiene racional, que es la previsión cuerda y razonada de los males que se pueden evitar; el aseo de las ciudades, de las habitaciones y las gentes, pero detesto el terror con que espantáis al aprensivo; la tiranía sanitaria que ejercéis en nombre de vuestras fantasías..... de vuestros errores

higiénicos. Pasarán siglos y siglos sin que conozcáis la causa cierta de la transmisión de las enfermedades; si saneáis el aire, caerá el germen de las nubes, le incubará la luz solar, entrará a traición con el alimento que ingerís, brotará de la tierra que pisáis, o nacerá de vuestros vicios. Haréis teorías que otras destruirán, persiguiendo el fantasma y sólo conseguiréis amargar la existencia, entristecer el mundo... aterrando a los pueblos con el coco sanitario...»

»No pudo concluir; la silba ahogó su voz y huyó, abandonado de los suyos, entre una fila de puños enarbolados... que cayeron más de una vez sobre su espalda.

»Y alzóse colérico y terrible el Jefe del Gobierno: «Yo he de sanear el país cueste lo que cueste— exclamó entre aplausos que imitaban el estruendo de las antiguas tinieblas: —Si mi propio hijo enfermara, le arrojaría de mi casa; si enflaqueciera un diputado de la mayoría, sería expulsado del partido. En las escuelas médicas se enseñará patología, porque necesitamos conocer las enfermedades para perseguirlas; nada de terapéutica, porque no hemos de curar a nadie; el médico tiene que renunciar a esa función; es un agente de policía sanitaria y nada más. No somos tiranos. El individuo es libre de enfermar y el Estado se defiende destruyendo todo foco personal. Con la salutina, que está al alcance de todos, los altos hornos, y la dictadura sanitaria, el que enferma es un delincuente, un enemigo. Aislaré las casas de las casas, los individuos de las familias entre sí, por el sistema celular, y con el guante obligatorio, aislaré los dedos de los dedos. Desde hoy se emplearán las rentas de los hospitales en exterminar a los enfermos.»

(Ovación formidable, pero higiénica; los diputados, en vez de acercarse al presidente, hacen un ancho círculo para no contaminarle.)

II

—Caballero—dijo un guardia deteniendo a un señor que paseaba cojeando—la cédula de sanidad.

—La he dejado en casa.

—Ya. Pues clávese esta banderita amarilla en el sombrero y eche hacia adelante.

—¿A mi casa?

—Al lazareto.

—Estoy sano.

—Eso dicen todos. ¡Adelante!

—Considere que soy algo cojo.

—Veo que empieza usted a confesar sus podredumbres. ¡En marcha!

—Déjeme saludar a aquel amigo.

—Pero nada de darse las manos, o detengo también a ese individuo.

No hubo necesidad; el transeunte, que había atisbado la bandera amarilla en el sombrero de su amigo, escurrió el bulto, aprovechando el paso de de una sección de bomberos de la Villa.

—¿Hay fuego?—preguntó al guardia el detenido.

—Todavía no; pero le habrá.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Vi dar la orden. Cayeron con pulmonía dos o tres lectores, y el Gobierno ha mandado a los bomberos quemar la Biblioteca Nacional. Y basta de conversación. ¡Al lazareto!

III

En los bailes públicos en vez de tocador hay salas de desinfección para señoras y caballeros. Está prohibido bailar el agarrado. De dama a galán se miden cuatro metros de distancia, moviéndose cada cual en un columpio, danza aérea y ventiladora aprobada oficialmente. Un cordón de médicos rodea a los bailarines y vela por la salubridad de la nación.

En el café sirven con cada taza el contraveneno suficiente para precaver la posibilidad de que enferme el parroquiano.

En los cotillones elegantes, el galán ase a la damas con tenazas de acero para no infectarse, y se disparan con raquetas trataditos de higiene y otros juguetes salutíferos.

Tan arraigada está la idea desinfectante, que nadie se levanta la tapa de los sesos sin esterilizar antes la bala.

IV

—Doctor—dice un ex cliente a su ex médico—, ¿cómo va la salud pública?

—Inmejorable. No hay en Madrid un solo enfermo; hemos quemado vivos once mil en este mes. Ayer envié diez amigos a la hoguera.

—Sufrirán mucho.

—Todo lo contrario. El horno está a la temperatura de 1.500 grados; hay una montaña rusa, y en la cima un volquete almohadillado, donde colocamos al paciente; rueda el aparato, siente el enfermo un grato cosquilleo, cae en las llamas y pasa al estado gaseoso sin sentirlo.

—Aquí, *inter nos*, ¿no le parece a usted que se exagera?

—Nada de eso. Cuando operábamos antiguamente, era necesaria la asepsia, para que nuestro contacto no infeccionase las heridas. ¿Qué deduce usted?

—Nada agradable.

—Que el hombre más sano es venenoso.

—¡Silencio!

—Usted, yo, nuestras familias, somos peores que alacranes. No bastan desinfecciones ni baño diario; el hombre más sano, para ser inofensivo, necesita estar al día cinco horas en remojo.

V

El teniente alcalde entra en la iglesia, y dice imperiosamente al sacristán:

—¿Dónde está el párroco?

—Señor, lo ignoro.

—Está bien; rehuye verme. ¿Se han cumplido mis órdenes? ¿Se ha hervido el agua bendita para inmunizarla? ¿Calla usted? ¿Todavía no han retirado esos confesionarios? ¿Y las nuevas leyes?

—Pero, señor, ¿con qué han de confesar?

—La ley es clara: sólo se permitirá en adelante confesar por el telégrafo sin hilos.

VI

Dos novios hablan a solas:

—¿Me quieres Lili?

—¿No te doy la mano sin desinfectarte? ¿Qué más prueba? ¿Te has lavado bien, maridito mío?

—¿Había de exponer tu vida, firmamento?

—¡Sólo faltan tres días para nuestra boda!...

—¡Qué día aquél! De la parroquia iremos al registro; luego al laboratorio municipal; la ley manda que los novios sean esterilizados al casarse. Soy casi tu esposo, y tengo derecho a darte un ósculo en la frente.

—Jamás; mi padre lo ha visto con el microscopio y cuenta horrores del labio humano.

—Ponte detrás de esa vidriera.

—¿Para qué? Ya estoy.

—Arrima la frente al vidrio.

—Ya la puse.

El futuro contrayente, colocándose en el lado opuesto de la vidriera, dió un beso en el cristal.

JOSÉ FERNÁNDEZ



DEL TIEMPO VIEJO

— La noche grande de Toledo —

I

Era ya maestre de Santiago el ambicioso D. Juan Pacheco, y el buen caballero D. Beltrán de la Cueva, el servidor más fiel de Enrique IV el *impotente*, yacía, merced a los traidores manejos del intrigante marqués, en no merecida obscuridad. Entregado el rey, más por fuerza que por voluntad, a discreción de los que seguían el bando de la princesa su hermana, so color de lealtad, y no con otra intención que la de allegarse nuevos títulos y señorios, vivía triste y descontento en el alcázar de Madrid; prisión regia, más bien que lujosa estancia de un monarca de Castilla.

Era una noche horrorosa de Diciembre, y don Enrique acababa de dirigir al cielo una corta plegaria, disponiéndose al reposo, cuando sintió llamar apresuradamente a la puerta de su aposento. Al mismo tiempo oyó la voz del alcaide que decía:

—No entraréis, caballeros, sin el beneplácito del rey, mi señor.

Descorrió D. Enrique el cerrojo, que por precaución echaba siempre antes de acostarse, pues todo debía temerle de los falsos magnates entre cuyas manos había caído, y preguntó, no sin alguna zozobra:

—¿Qué sucede, Perucho?

—Aquí están tres caballeros que desean hablar a V. A.

—Si son tres, en vano será negar su demanda. Que pasen.

No bien lo hubo dicho, cuando vió a sus pies a los tres condes, de Benavente, de Plasencia y de Miranda. Asustado el rey hízose atrás, y llevó involuntariamente la mano al sitio de que solía pender

su daga, pues aquellos caballeros se habían manifestado, desde el principio de los disturbios del reino, los más acérrimos partidarios de D. Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo; pero el conde de Benavente tomando la palabra en nombre de los tres, le dijo:

—Nada temáis, Señor, porque si hasta aquí hemos sido traidores, en lo adelante queremos probaros nuestra lealtad. Perdonadnos, si os cumple, los desafueros pasados, debidos más bien a los pérfidos consejos de villanos caballeros, que a nuestra inesperienza en las cosas del reino, o mandadnos degollar, que a todo hemos venido.

Admirado el rey, le contestó después de hacerles levantar:

—Yo os recibo en mi gracia, y os perdono cuanto hasta hoy habéis hecho en mi daño, si son sinceras vuestras palabras.

—Pronto estamos a justificarlas con nuestras acciones, Señor, dijo el de Plasencia.

—Y para dar principio a nuestro arrepentimiento, añadió el de Miranda, sabed, Señor, que el maestre...

—Mi suegro, Señor, dijo en voz baja el de Benavente.

—Ya lo sé, repuso el rey sonriéndose. ¿Qué nuevo desacato ha cometido? ¿Qué más quiere de mí?

—Pretende apoderarse de este alcázar dentro de tres días.

—Eso no será, exclamó D. Enrique, dando una fuerte patada. Perucho, el alcaide, es un servidor fiel.

—Perucho se ha vendido a D. Juan Pacheco, murmuró el conde de Miranda.

—¿Es cierto, señor de Benavente?

—Ciertísimo, contestó éste: pero no hayáis el menor recelo de que salga con su demanda.

—El medio mejor es matar al alcaide, dijo el de Plasencia, a lo que el rey respondió:

—¡Sin pruebas de su traición, no lo consentiré!

—Si no es más que eso, Señor, aquí están, repuso el de Benevente presentando a D. Enrique un escrito. Aquí tenéis la carta en que Perucho promete al maestre hacerle dueño del alcázar.

Recorrióla el rey, y ya no pudo dudar de la villanía de su alcaide. Comenzó a pasearse por la habitación con acelerados pasos, en tanto que los caballeros en voz baja conferenciaban acerca de las medidas que se debían tomar para impedir a D. Juan Pacheco el golpe atrevido que meditaba contra la autoridad de su soberano y señor natural.

Volvióse a abrir la puerta, y apareció a su entrada Perucho acompañado de un religioso. A la vista del alcaide todo el furor del rey se reflejó en su rostro, y a duras penas contuvo su indignación la presencia del fraile, cuya fisonomía inspiraba confianza y veneración.

—¿Qué me queréis? le preguntó con afabilidad.

—Hablar a V. A. en secreto sobre cosas que interesan al reposo del reino.

—Podéis hablar en presencia de estos buenos servidores.

—Solo diré a V. A. que mi nombre es D. Fray Pedro de Silva, y que mi hermana se llama doña Maria de Silva; que mi sangre es harto ilustre, y mi adhesión a V. A. muy antigua y muy durable. Nada más añadiré si V. A. no me escucha sin testigos.

Dispusieron a salir los condes al oír estas palabras, y el rey dándoles la mano que besaron con respeto, les previno que no bajasen del alcázar, sino que se aposentasen en él, y que al día siguiente trataría despacio con ellos lo que debía hacerse del traidor alcaide.

Ellos habían resuelto ya la cuestión, sin contar con la voluntad del rey, cuya clemencia temían les fuese funesta.

Retiráronse a un aposento, no muy apartado del que ocupaba D. Enrique, y a fin de descansar del viaje que habían hecho desde Arévalo, donde quedaba el maestre, se recostaron en unos mullidos lechos que allí había. Largo rato permanecieron hablando sobre la aparición misteriosa de fray Pedro de Silva a aquellas horas en el alcázar, discutiendo cada cual a su manera acerca del secreto que había dicho tenía que revelar al rey, hasta que al fin se quedaron dormidos. Entre tanto velaba la traición, adelantándose al justo castigo que el cielo le reservaba.

Un rumor extraño hizo abrir los ojos al conde de Benevente, y poniéndose a escuchar con atención, parecióle sentir ruido de armas y de voces que discutían con misterio. Levantose en silencio, despertó a sus compañeros, y desenvainando los tres las espadas se acercaron a la puerta del aposento. Entonces llegó hasta sus oídos parte de un diálogo que se tenía en el corredor inmediato.

—Me parece que habéis metido demasiada bulla para venir hasta aquí: pudieran despertar.

—¿Y quién sabe si están dormidos?

—Hace mucho tiempo que dejaron de charlar: además la fatiga del camino...

—Sí; todavía está con el fraile... me inspira sospechas: pero vamos a lo que importa. Yo entraré primero.

—Despachemos.

Los tres condes se miraron y se entendieron.

Abrióse la puerta, y entró Perucho armado con una daga, el de Benevente se arrojó sobre él y le tiró una fiera estocada que lo derribó en tierra: los otros dos embistieron con los satélites del alcaide que eran seis, y gritando *traición al rey*, alarma-



ron todo el alcázar. Reunióseles el de Benavente, y no tardó en acudir al sitio de la refriega toda la gente de armas de la fortaleza: trajeron luces, amontonáronse unos sobre otros más de treinta caballeros, partidarios la mayor parte de D. Juan Pacheco, pero que al ver el desnudo y enojo de los tres condes, no osaron tomar parte contra ellos. Los gritos llegaron a oídos del rey, que acudió acompañado del religioso, el cual llegó a tiempo de recibir la confesión de los malvados intentos de Perucho, que este no ocultó a fin de morir en paz

II

A las doce de la noche siguiente entraba con e mayor silencio en Toledo una modesta cabalgata. Componíase de cinco hombres montados en sendos mulos, y cuyas fisonomías algo más rebelaban, que gente vulgar. Al llegar a la *casa del obispo* apeáronse con cautela, y entregando los mulos a un criado, que a cierta distancia les había seguido, subieron a una espaciosa sala, que al parecer habríase preparado de intento para huéspedes distinguidos.

Entre tanto en otra casa de la misma ciudad platicaban tres personas acerca de las revueltas que los grandes movían contra los intereses del rey y de la tranquilidad general.

Estas tres personas eran Doña María de Silva, su hermano D. Fray Pedro de Silva y su esposo D. Pero López de Ayala.

—No os canséis, señora, decía este último, ni vos tampoco, querido obispo: el rey será desirronado en castigo de los vergonzosos tratos de la Reina y del nacimiento de Juana la *Beltraneja*.

—Ese es el pretexto, respondía el religioso: pero ¿dónde están las pruebas? Yo no veo más que ambición.

—¿Y qué! añadió Doña María ¿será rey más legítimo D. Juan Pacheco que D. Enrique?

—Tenemos a la infanta Doña Isabel.

—No la reconoceré mientras viva su magnánimo hermano.

—Acordaos, señora, que soy amigo del maestro.

Doña María de Silva miró a Fray Pedro, y ambos suspiraron. En aquel punto entró asustado en la habitación Don Alonso, hijo mayor de aquellos nobles esposos.

—¿Qué ha sucedido? preguntó D. Pero López.

—Una desgracia, la mayor de las desgracias: estamos perdidos sin remedio. El rey D. Enrique está en Toledo.

—¿En Toledo! gritó Ayala.

Doña María cayó sin sentido en su sitio, y Fray Pedro exclamó:

—¡Le han descubierto! ¡Dios le ampare y a nosotros también!

¿Qué decís, señor obispo? ¿Qué trama es ésta?

—Doña María y yo la hemos concertado: Dios quiera que no hayamos perdido al rey, a quien anhelábamos servir.

Dicho esto se marchó, y D. Pero López se fué tras él.

El mariscal Payo de Ribera que tenía a su cargo la ciudad, sabedor de que el rey se hallaba en Toledo, mandó tocar la campana mayor de la catedral en señal de alarma. Acudieron los hombres de armas, juntóse un buen escuadrón, y apercibidos a pelear, corrieron a la *casa del obispo* y la cercaron. Salieron de ella los tres condes y el valiente Hernando de Rivadeneyra, juntáronseles hasta cincuenta hombres adictos a la causa del rey, y pelearon como buenos alentados con la presencia y las palabras de Fray Pedro de Silva, que no abandonó en toda la noche el lado de los campeones.

Pero fué una noche de horror y de sangre: el lúgubre sonido de la campana, el resplandor de los hachones, los gritos de la multitud, y los fieros tajos y cuchilladas que los dos bandos se dirigían, presentaban un triste y pavoroso cuadro.

Hubo empero un hombre contrario al rey, pero pundonoroso y prudente, que dió fin a los estragos de aquella noche *grande*, porque grande fué el motivo que los produjo, y grandes sus resultados.

Don Pero López de Ayala atravesó por aquella nube de combatientes y de cadáveres; subió a la *casa del obispo*, anunciándose de paz, y dijo al rey:

—Señor, si V. A. no sale esta misma noche de la ciudad, perecerá gran parte de la población y vuestros fieles servidores. El pueblo se dispone a abrasar la ciudad.

—Mandad que me den un caballo y que se retiren mis gentes, respondióle el rey. Dios no permita que por mi causa sufra Toledo, ni villa alguna del reino los males que decís.

Besóle D. Pero López la mano; salió en seguida al balcón, y haciéndose escuchar, anunció la voluntad del rey. La pelea cesó en el mismo punto, y el rey, los tres valientes condes y Fernando de Rivadeneyra salieron de la ciudad para Madrid escoltados por el de Ayala y sus hijos.

A los tres días sacudió Toledo el yugo del maestro Don Juan Pacheco, y se declaró por el rey Don Enrique, quien hizo su entrada en aquella ciudad con toda pompa y contentamiento de sus habitantes. Hospedóse en casa de Don Pero López de Ayala, cuyos importantes servicios y lealtad de Doña María de Silva premió con munificencia.

J. M. DE ANDUEZA

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

—Dichoso usted.

A la noche, en casa de Iturbe, se quejó dolidamente del orgullo, de la desconsideración, de la rudeza de Aguiar. Y se asombró. Iturbe, lejos de censurar tal conducta, rompió a reír. Cada día le gustaba más aquel muchacho. Por lo visto, lo que Aguiar había hecho estaba bien, era lo que debía hacerse. Y tan pronto lo vió, ya Pumariega volvió a sonreírle, a ponerle la mano paternal sobre los hombros.

—Lo he pensado mejor, y le perdono su falta de cariño con quien tanto le aprecia. Vaya con ese traje, vaya como le dé la gana. ¡Qué se le va a hacer!

La idea de que pronto vería a la hija de Iturbe, fué para Daniel como una brasa extraña calentándole extrañamente el corazón. Casi lamentó sus desconsideraciones con Pumariega, que le dejaban tan mal vestido. Preguntó en la mesa del *Piornelo Hotel* si el sastre de Antón sería capaz de hacerle un traje, y rogó a Farfán que interpusiese su influencia.

—A tí Antón no te niega nada.

—Menos eso. Menos el servirnos otra vez de garantía. Está aún indignadísimo con nosotros.

Entonces se acordó Daniel de que uno de sus trajes empeñados pudiera perfectamente servirle, y sólo pidió a Antón los pesos indispensables para poderlo sacar. Ante tal interés por la ropa, Farfán de los Godos le preguntó, como otro día a Trujillo, si había dama.

Y Daniel, que proyectaba contarle honradamente la novedad de su empleo y la invitación de Pumariega, no se atrevió. Tuvo miedo a aquellos ojos inquisitivos, a aquella sonrisa recelosa...

No era al banquete de su fiesta a lo que Pumariega le invitaba, sino a lo que podía considerarse la recepción. Entró un poco cohibido, seguro de que Estela, dada su categoría, ya estaría allí. Mas por lo visto, si a ella le sobraba categoría para asistir a los banquetes de Pumariega, no tenía éste tanta como para concederle tal honra. El padre, sí, allí estaba. Estela, según supo luego, sólo a última hora se dejaría ver.

Cuando Daniel llegó, en el salón grande, un salón tapizado con tales alfombras que los pies se hundían como en el musgo de un campo, y donde las sillas eran tan doradas que algunas creyeran de oro, cierta bonita muchacha recitaba unos versos de amor y melancolía al son del piano.

Al terminar aquel número, Pumariega sujetó del brazo a Daniel, y se lo fué mostrando a todos los presentes. El doctor Yáñez, reconociéndole, le preguntó, con su imperturbable seriedad, si le gustaba la vida del Banco y si estaba contento. Más sensato Madariaga, sólo quiso averiguar si ya la casualidad comenzaba a preocuparse de su asunto. Y al saber dónde había logrado colocarse, le felicitó, apagado visiblemente su escepticismo. Había tenido suerte. Y le dió un consejo.

—Cultive la amistad de Iturbe, que para usted puede ser un tesoro.

Pero Daniel ni le oyó. Llamaban a la puerta, y sólo tuvo alma para el prodigio pronto a producirse. Un momento temió que la hija de Iturbe y la mujer tan despreciadora de sus madrigales, con toda la semejanza del retrato, no fuesen una persona misma. Mas, al abrirse allá lejos la cancela de cristales opacos, ya le deslumbró la gracia de una silueta inconfundible. De Estela, al poco tiempo, eran también los ojos de esmeralda y los cabellos de oro.

Seguida de Pumariega, que le censuraba quejoso el venir tan tarde, pasó por delante del grupo de hombres apiñado en la puerta, sonriendo al doctor Madariaga, y contestando apenas a los saludos de los demás con lánguidas inclinaciones de cabeza. Fastuosamente vestida y orgullosa de su fausto, entraba en la casa de Pumariega como una reina condescendiente que se digna honrar un momento la fiesta de un vasallo. Pasó moviéndose rítmicamente, batiendo el suelo con la contera de su sombrilla a modo de alabarba que anuncia el paso de una persona real, y Daniel experimentó hacia ella un sentimiento exagerado de respeto, de miedo casi. Ideas generosas que le hicieron venir contento a la fiesta, las vió de repente imposibles. Para interceder por su amigo, necesitaba ante todo que esta mujer le oyese con gusto. ¡Y parecía tan despegada y tan

soberbia! ¡Entraba en el salón con tal gesto de reina orgullosa y Arisca! Bruscamente, los ojos de la muchacha, como distraídos hasta entonces, parecieron animarse, Aguiar juraría que era por él. Y, cual cierto día ya lejano, billó en el fondo de aquellos ojos una chispita maliciosa, y oyó luego la voz dulcísima de aquella boca, a él especialmente dirigida.

—¡Usted aquí!

Pumariaga se sorprendió inmensamente.

—¡Ah, pero ustedes se conocían!

—Ya lo ve.

Y haciéndose más amplia su sonrisa, preguntó a Daniel si estaba enojado con ella.

Y Daniel aprovechó la ocasión para sincerarse. No le importaban los pesos perdidos. Lo que verdaderamente le dolía era la interpretación de su conducta.

—Yo soy español, señorita. Yo todo podía pretenderlo, menos causarle la menor molestia. ¿Por qué odia así las galanterías.

—Tal vez porque me las han hecho odiosas.

Y despidiéndose con otra sonrisa, entró en el salón. Daniel la siguió un rato sin darse cuenta, como atraído por el resplandor de su belleza, como arrastrado por la vibración de su gracia. Comenzaba a comprender la locura de Farfán. A la verdad, debía de ser mucho y muy fuerte, para quien



—¿Por el lance de la darsena? ¿Pero se acuerda todavía?

—¿Cómo no?

Se habían separado un poco del grupo y Estela siguió hablando.

—Dígame una cosa. Usted recién llegaba, ¿verdad?

—En aquel mismo instante.

—¿Tiene gracia!

Daniel no le encontraba ninguna, ni aun entonces, tan lejos ya del deplorable suceso. Pero lo que sí la tenía, y grande, era el rostro de aquella mujer, lleno aún por la sonrisa que le iluminaba los ojos y le ponía en las mejillas dos hoyos divinos. No le pareció tal alta como en el muelle ni a la puerta de Madariaga. Era, en cambio, más bonita quizás, vista así desde tan cerca, pudiendo apreciarse todo el esplendor de sus facciones, que volvían a animarse con el divertido recuerdo.

—¿Y lo molestaron mucho? ¿Lo prendieron?

—No. Se contentaron con robarme alguna plata. Estela se sonrió más, más amplia y confiadamente.

—Perdóneme.

no tuviese tan poderoso escudo como él tenía, el peligro de todas aquellas seducciones y todos aquellos encantos. No se cansaba de mirarla. Allí estaba, en medio del salón, sonriendo con gesto de condescendencia a los saludos de las señoras, a las felicitaciones por su traje tan lindo. Véase que su única preocupación era tragar, con toda la lentitud indispensable, el rato amargo de aquella visita donde se sentía extraña y marcharse disponiendo aun de tiempo para visitas más gratas, entre gentes más suyas. Otra muchacha iba a cantar y las señoras que se habían levantado volvieron hacia sus asientos. Estela buscó con ojos lánguidos una silla donde sentarse, y descubriéndola en el vano de una ventana se dirigió hacia allí. Pero, al adivinarle la intención, Pumariaga, casi atropellando gente, corrió anhelante y trémulo.

—No, ahí no...

No se trataba, sin embargo, de un asiento ruinoso, sino de una silla modesta traída hasta el salón por exigencias de las circunstancias. Pero era igual. Pumariaga no podía consentir que la hija de Ilurbe se sentase en semejante sitio. Entonces miró con ansia a un lado y otro, y respiró consolado.

Acababa de descubrir, en una de las sillas de oro, a la hija de su tenedor de libros.

—Usted donde se sienta es aquí. Esta señorita tendrá la bondad de acomodarse en otro sitio.

La señorita estaba ya en pie, ruborosa. Pero Estela, con gusto incomprensible para el dueño de la casa, la obligó a sentarse de nuevo. Y acomodada en la silla humilde, tranquilo el salón como un lago que después de la piedra caída vuelve a recobrar su calma, la cantora comenzó a cantar. Los hombres, agolpados ante la puerta, fueron alejándose poco a poco, y viendo que Daniel no se movía, un individuo gordo, de faz curtida sin duda por los soles ardientes y los cierzos terribles de la Pampa, pero deslumbrante todo él de oro y piedras preciosas, le arrastró con cariño.

—Estas son cosas para mujeres. A nosotros, que nos den algo de bebida.

Fueron al comedor, cuya mesa estaba toda llena de botellas, de pastas en sus fuentes, de frutas escalonándose por los pisos de cristal de los fruteros. Hombre de confianza en la casa, el gordo mandó descorchar una botella de *Champagne*. Y trasegada al estómago la primera copa, su voz adquirió un tono de complicidad, de misterio.

—¿Cómo toca usted el piano?

Aguiar, muy sorprendido, le dijo que no lo tocaba de ninguna manera y el otro le rogó que perdonase.

—Creí que usted era Andrade, el célebre pianista compatriota nuestro cuyo debut se anuncia con tanto bombo.

Tras un silencio grave volvió a preguntarle bruscamente.

—¿Conoce usted o ese pianista?

—Mucho.

—¿Sabrá entonces de qué manera lo toca?

Y como no le entendiese de pronto, aclaró inquieto.

—¿Lo tocará con las manos?

—Con las manos, naturalmente.

—Ya me lo temía.

Bebió de nuevo, como para consolarse, y añadió:

—Ya me lo temía. ¡Qué poco pensamos las cosas los españoles! Hemos anunciado de tal manera a ese pianista que está todo el teatro vendido para el debut. Y va a ser horrible. Va a ser un fracaso, un desastre. Acaba de marcharse un italiano que lo tocaba, y muy bien por cierto, con los pies...

Y era tal su amargura, su pena por la patria irreflexiva, que el otro no pudo reírse.

Además, allá lejos comenzaba el baile y ya no deseaba otra cosa que volver al salón, ver de nuevo a aquella mujer que instantes hacía lo trató con tanto agrado, otra vez oír su voz tan dulce. Cuando el gordo le dejó corrió anhelante hacia el sitio donde gemían los violines de una orquesta. Desgraciadamente Estela ya no estaba. ¿Se habría ido? ¿La aburriría, hasta no poder soportarla, aquella fiesta de españoles, de gente subalterna, allí donde el ser hijo del país es ya un título? Erró al través de los patios, indignado contra el gordo, terriblemente descontento de no haber podido llevar a la práctica su generoso proyecto de interceder por Farfán. Entró en una habitación sin gente, casi a oscuras, iluminada apenas por la luz de la tarde muriente a que daban paso unos ventanales enormes. Y, casi todavía en el umbral, creyó advertir el bulto de una persona sentada, gozando del encanto de la hora ante una de las ventanas abiertas. Quiso volverse, pero un movimiento rápido de la silueta recortada sobre el cielo del crepúsculo y su expresión sobre todo, le dijeron de quién se trataba. Era Estela. Entonces adelantó un paso.

—¿Cómo tan sola?

—Lo estoy muchas veces. En un sitio así, donde hay tanta gente, nada me agrada tanto como aislarme. Soy un poco rara.

Sonrió, pidiéndole acaso perdón por su rareza, vueltos hacia él los ojos inmensos que la escasez de luz hacía más grandes y más profundos. Daniel dió otro paso hacia el balcón y entonces la muchacha, sonriendo de nuevo, le enseñó una cosa que había ocultado al sentir ruido. Era una boquilla, una boquilla larga, de esbelto tubo verde y remate de oro parecido al cáliz de una flor.

—No se extraña, ¿verdad?

Viendo que el fino cigarrillo estaba aún apagado, Daniel encendió galantemente un fósforo, lo acercó, y a su llama quieta vió los divinos ojos, más bellos todavía en la leve vergüencia de su atrevimiento.

(Continuará)

